

**CRISTO
NUESTRO TODO
1935**

T. Austin Sparks

PRÓLOGO

Los siguientes mensajes son una traducción libre de una serie de exposiciones, en reuniones celebradas en nuestra casa matriz en octubre de 1935 por T. Austin Sparks.

Estamos muy agradecidos por las ricas bendiciones, traídas a círculos más amplios del pueblo del Señor, a través del ministerio de nuestro hermano. Nuestro gran deseo, en la presentación de estas exposiciones en forma impresa, es que el Señor pueda poner en manos de aquellos cuyo corazón se encuentra en Cristo, que Él pueda convertirse en su todo. Hemos tratado de mantener, en la medida de lo posible, la forma original de los mensajes – hablados en inglés–. Por lo cual pedimos a nuestros lectores tener en cuenta la razón por la que se utilizan ciertas formas de expresión.

Pueda este pequeño volumen contribuir, según el deseo del apóstol, a "*presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*".

Gümligen, Suiza,
Diciembre de 1935.

CONTENIDO

1. La Cruz de Cristo, la base de una nueva creación.....	4
2. Cristo en el Cielo, nuestra suficiencia.....	9
3. La Unción.....	14
4. Un cielo abierto.....	20
5. Una Vida celestial.....	25
6. La comunión con Dios.....	30
7. El maná escondido.....	36
8. "Mi paz os doy".....	41
9. El significado y el valor de la filiación.....	46
10. La fuerza secreta del propósito divino.....	53

Capítulo 1

LA CRUZ DE CRISTO, LA BASE DE UNA NUEVA CREACIÓN

"Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apo. 21:5).

"... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre..." (Efesios 2:15-16).

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Co. 5:14-17).

"No dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterraréis el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Iahvé tu Dios te da por heredad" (Deut. 21:23).

"... a quién mataron colgándole en un madero" (Hechos 10:39).

"Hecho por nosotros maldición" (Gálatas 3:13).

"El Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo" (Apo. 13:8).

"... aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Juan 17:5).

"... por la sangre del pacto eterno." (Hebreos 13:20-21).

Todos estos pasajes tienen una conexión uno con el otro, y están unidos con la Palabra: *"He aquí, yo hago todas las cosas nuevas"*. Vemos en esto el plan de Dios con tres fases principales.

PRIMERA FASE: LA PRESCIENCIA DE DIOS

La primera fase está relacionada con la presciencia de Dios. Algunos de los pasajes que hemos leído se refieren a algo que sucedió *"antes de que el mundo fuese"*. Jesús dijo de Sí mismo que tenía una gloria con el Padre *"antes de que el mundo fuese"*. El Cordero ha sido inmolado *"desde el principio del mundo"*.

Y vio Dios, en Su presciencia, la necesidad de una obra redentora, y sentó las bases de una nueva creación. Él vio el final de la redención en su consumación –cumplida por medio de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, quien fue inmolado, de acuerdo con el propósito de Dios, desde antes de la fundación del mundo, es decir, antes de que la tierra de la nueva creación fuese colocada.

En Hebreos 13 leemos acerca de la sangre de "una alianza eterna". Esto no se refiere a un «futuro» eterno. Esta palabra apunta al pasado, un pasado visto desde nuestro punto de vista, porque para Dios el pasado y el futuro son

iguales, un tiempo de eterno presente. Pero la Palabra, siendo escrita por causa nuestra, y teniendo en cuenta nuestra limitada esfera, quiere mostrarnos que en la presciencia de Dios la sangre del pacto eterno ya estaba apartada. Entonces, esta creación llegó a existir. Al parecer, fuera del estado caótico de un mundo juzgado, aquello "era muy bueno". Después de eso se produjo la caída. Por el pecado el mal adquirió ventaja y se encargó de que la historia del mundo se convirtiera en un abismo de oscuridad y miseria humana. Ahora, la creación está esperando la redención –"*la revelación de los hijos de Dios*".

SEGUNDA FASE: LA CRUZ DE CRISTO

Esto nos lleva a la segunda fase del propósito de Dios, la Cruz del Hijo del Hombre. En Él aparece, al mismo tiempo, la nueva creación. Por un lado, la vieja creación fue juzgada, y le llegó definitivamente su fin en Él como nuestro representante. En la muerte de nuestro Señor Jesucristo, todos han muerto. Por otra parte, "Él es la resurrección y la vida, el primogénito de entre los muertos". Sin embargo, esta nueva creación no es como la anterior. El nuevo cielo y la tierra nueva son de un orden diferente. Ahora vivimos "por la fe y no por vista". Es un mundo espiritual, completamente nuevo, nuevos en un sentido todo inclusivo.

TERCERA FASE: UNA CREACIÓN ESPIRITUAL

La tercera fase se nos presenta en el libro del Apocalipsis, capítulo 21: "*He aquí, yo hago nuevas todas las cosas*". Esa es la nueva creación en su consumación. Es una creación espiritual como resultado final de la Cruz de Cristo. Esta creación espiritual tendrá una forma adecuada a su naturaleza: un cielo nuevo y una tierra nueva.

Estas tres fases del plan divino están muy claras en la Palabra de Dios. Pero pasemos ahora a lo central, es decir, el hecho de que es la cruz lo que está en la base a fin de que todas las cosas sean hechas nuevas.

La Cruz tiene dos caras. Por un lado, representa el final de una vieja creación, y por el otro la entrada y comienzo de una nueva.

EL JUICIO DE DIOS RECAE SOBRE UNA PERSONA

Vamos a ver ahora el punto desde donde Dios toma su nueva obra. Bueno, hubo un momento en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, cuando toda esta creación estuvo, por así decirlo, en la ruina. Espiritualmente nos encontramos con lo que se nos dijo en el comienzo del libro del Génesis sobre el estado de la tierra. Leemos: "*La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban*

sobre la faz del abismo". Ese fue el resultado de una caída. Esto significó el juicio. Cuando llegamos a la cruz de nuestro Señor Jesucristo, y vemos de nuevo la oscuridad sobre la tierra, que duró hasta la hora novena, y lo oímos gritar: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*", entendemos a lo que Se refería cuando dijo: "*Ahora es el juicio de este mundo*". En Él, en el Hijo del hombre, Dios ha llevado a la creación en su estado caído, y toda la obra del diablo en su juicio. Dios la abandonó y la rechazó en Su representante. Este terrible juicio cayó sobre una persona. Un hombre se convirtió en el representante de todos.

Jesucristo en la cruz representa a toda la creación en el marco del juicio de Dios. Dios estaba cargando en Él el pecado de todo el mundo. La creación entera cayó bajo la muerte. Dios aparta la luz misma de Su rostro a partir de Su Hijo. Todo el pecado de esta creación, explorado a través del corazón de un hombre. La respuesta a Su grito: "*¿Por qué me has abandonado*" sería en efecto: "*Por causa del pecado del mundo, que está sobre Ti. Debido a la obra del diablo que tiene que ser destruida*". El apóstol Pablo dice: "*Uno murió por todos, luego todos murieron*". Sabemos que en Su cruz todo el mundo es puesto bajo el juicio de Dios, para que después pudieran cambiar las cosas. "*Las cosas viejas pasaron*".

DIOS HA RECHAZADO LA SABIDURÍA DEL HOMBRE

Pero tenemos que darnos cuenta de esto en nuestra conciencia, debemos verlo. La mente natural no puede conocerlo. La sabiduría natural es, según Santiago, inspirada por el diablo. Vemos una sabiduría diabólica en la obra hoy. Sólo si Dios nos está dando la luz podemos ver las cosas en Su luz. Entonces podremos ver lo que es el hombre natural en realidad. Vemos la Cruz como la revelación de la ira de Dios sobre nuestra naturaleza pecaminosa. La Cruz del Calvario es el juicio sobre este mundo de pecado. Y debido a que pertenecemos, por naturaleza, a este mundo que Dios ha abandonado, por lo tanto la cruz de Jesucristo tiene que ser registrada en nuestra vida; eso que somos, por naturaleza tiene que caer bajo el juicio de la Cruz. Tenemos que repudiarnos a nosotros mismos continuamente para que nuestra vida no tenga que caer bajo la ira de Dios.. No nos atrevemos a servir a Dios con lo que Él ha rechazado. Dios ha rechazado la sabiduría del hombre. Él no lo tendrá en cuenta para Su servicio, tampoco tendrá en cuenta cualesquier otras "habilidades" de nosotros mismos. Dios sólo puede usar lo que viene en línea recta desde la nueva creación.

Así que tenemos que ser muy cuidadosos. Hay una necesidad constante de una búsqueda de corazón en esta materia. Con qué facilidad se arrastra algo del hombre natural. Una y otra vez queremos servir y hacer las cosas –con nuestra

mejor intención- cuando no podemos hacer nada, cuando no debemos hacer nada, donde Dios tiene que hacer todo en nosotros, cuando eso tiene que ser en la fuerza de una nueva vida para traer un nuevo ministerio. Hay una necesidad de mantenerse muy cerca de la Cruz de Cristo. El Espíritu Santo debe permitir mantener este hombre natural en la cruz para que todas las cosas puedan ser realmente "dependiente de Dios", y no de nosotros mismos.

HECHO POR NOSOTROS MALDICIÓN

¿No es una cosa terrible que podamos caer bajo el juicio, incluso en la obra de Dios? Es imposible vivir una vida agradable delante de Dios con los recursos que están bajo Su maldición, con lo que se produce en la fortaleza de nuestra capacidad. En el libro del Deuteronomio se lee acerca del cuerpo del que es colgado en el árbol, así: *"no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterraréis el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado"*. En la carta a los Gálatas Pablo interpreta esta palabra para referirse a Cristo, *"hecho por nosotros maldición"*. Una persona colgada de un árbol durante la noche podría contaminar toda la tierra. Nuestro Señor Jesucristo, como el representante de la creación entera, hubiera podido contaminar toda la tierra, si se hubiera quedado toda la noche en la cruz. No puede haber un pensamiento más terrible en la Palabra de Dios. Cómo nos revela esto la condición terrible de esta creación que es abandonada por Dios. Es tan maldita que todo lo de la vieja naturaleza, sin ninguna reserva, es siniestro, rechazado y apartado en Él, quien, como su representante, fue convertido en una maldición para todos.

Si alguna vez vemos la necesidad de una nueva creación, la necesidad de una nueva creación absoluta, eso lo vemos aquí. Todo debe ser hecho nuevo. La Palabra de Dios dice: *"He aquí, yo hago nuevas todas las cosas"*. Dios ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos. Una vez más nos encontramos con el libro de Génesis. *"La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo"*. Y dice la Palabra de Dios: *"Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre"* (Romanos 6:4). Dios resucitó a Su Hijo de entre los muertos. Lo trajo como *"el primogénito de los muertos"*. Es una nueva creación que se está levantando. En Cristo, también nosotros somos una nueva creación. Es cierto, sin lugar a dudas: *"He aquí todas (las cosas) son hechas nuevas"*.

TODAS LAS COSAS SON HECHAS NUEVAS EN CRISTO

"Pero todas las cosas son de Dios". Todas las cosas son hechas nuevas. Nuestra sabiduría es una nueva sabiduría. Nuestra fuerza es una fuerza nueva. Nuestro corazón es un corazón nuevo. Nuestras capacidades son nuevas

capacidades. Todas las cosas son hechas nuevas. ¡Es Cristo en nosotros!

Me doy cuenta de una nueva forma en el sentido de que tenemos que ser muy diligentes para ver que nosotros no hacemos nada fuera de nuestra propia fuerza, que Dios está lo haciendo todo. Al mirar la dinámica de mi propia mente, donde están mis propios pensamientos, observo la fuerza de mis propios deseos, fuertes pasiones del corazón y la voluntad. Pero le pido al Señor que me mantenga en el temor de mí mismo, en vista de toda esta creación, pues todo de lo que soy en Adán, es maldito. Todo eso se encuentra donde Dios lo ha abandonado. Él no puede utilizarlo. Todo ahora debe ser de Dios.

Quiero instar a que ustedes tengan más penetración de corazón en esta materia. ¡Oh, hay una creación nueva y maravillosa con recursos divinos! Existen maravillosas posibilidades, porque son las posibilidades de Dios para nosotros. Todas las cosas son posibles desde el lado de Dios. ¿No debemos tomar el lugar donde todas las cosas son posibles? Podemos estar allí donde todas las cosas son de Dios. Él está iniciando las cosas, Él está haciéndolo todo. Se nos permite llegar a entrar en nuestro lugar señalado por Dios en Cristo –la plenitud de Dios en Él. Por lo tanto, tenemos que ir a la cruz, y aceptar las implicaciones de ambas partes. Tenemos que ver ese lado terrible de la cruz de Jesucristo –la maldición de la cruz– que Él fue crucificado por nosotros, y nosotros en Él. No nos atrevemos a llevar algo de esa vieja creación a la nueva vida, ya que continuamente caen bajo el juicio de Dios. El día puede venir cuando todas nuestras obras tengan que ser quemadas. Hay una gran diferencia entre lo que se hace para el Señor, y lo que es del Señor en nosotros. *"Maldito todo aquel que es colgado en un madero"*. Con Cristo hemos sido colgados en el árbol, y Dios nos ha abandonado en Su cruz. Pero ese no es el final de todo, sino el comienzo de algo mucho más grande, algo completamente nuevo. *"Déjame decirte de nuevo: No podemos entrar en la nueva cosa a menos que las cosas viejas hayan pasado. "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas"*.

Que el Señor nos lleve allí donde se pueda decir de nosotros en verdad: Todas las cosas son nuevas. Y que Él nos establezca en ello momento tras momento. Que la Cruz sea registrada en todos los ámbitos de nuestra vida, trabajando en nuestro espíritu, alma y cuerpo, en mente, corazón y voluntad. Que opere en nuestras palabras y obras, que todo sea regido por Su cruz, y de manera clara hecho para la gloria de Dios, y la plenitud de nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo 2

CRISTO EN EL CIELO, NUESTRA SUFICIENCIA

Lectura: Colosenses 2.

Cuando estaba esperando en el Señor en cuanto a estos días de conferencia, tuve la carga en mi corazón de que Él nos haría estar ocupados con el tema de Cristo en el cielo como nuestra competencia.

Pasemos, pues, a algunos pasajes de la Escritura:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo ..." (Efesios 1:3-4).

"... Porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo" (1 Corintios 10:1-4).

"Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel... que recibió palabras de vida que darnos" (Hechos 7:38).

"... Nuestra competencia proviene de Dios ..." (2 Corintios 3:5).

"Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros" (2 Corintios 4:7).

EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

Todos estos pasajes tienen que ver, de una manera u otra, con suficiencia. Esta suficiencia está ligada a nuestro Señor Jesucristo. Ahora lo que nos ocupa aquí es tocar una pregunta sobre la que cada cristiano debe estar absolutamente seguro y claro en cuanto a su respuesta: ¿Cuál es el propósito supremo que rige la vida de un hijo de Dios? Es muy importante que debemos ser capaces de responder a esa pregunta. Creo que la respuesta correcta es: el fin supremo de la vida de todo hijo de Dios es aprender de Cristo.

Dios ha llenado de Cristo con toda Su plenitud. En él habitan todas las riquezas de conocimiento y sabiduría. Y esa plenitud es para nosotros. El apóstol Pablo hace esta declaración, diciendo que estamos *"bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo"*. Por lo tanto nuestro negocio como creyentes es aprender a Cristo, a llegar, en un modo de vida, a la plenitud de Cristo Jesús. Eso todo lo gobierna. Cada tratamiento de Dios con Sus hijos es para que adquiramos un conocimiento más completo de Cristo.

Todo el resto de nuestra vida no será sino el resultado y el éxito de ese conocimiento.

He escuchado a mucha gente decir que el propósito de Dios, al salvarnos, es que debemos salvar a otros. Eso es verdad, pero esto es sólo una parte del propósito de Dios. No puede haber un verdadero servicio para el Señor, aparte de un conocimiento personal del Señor. Nunca podemos llevar a nadie a un conocimiento que no poseamos; no podemos llevar a nadie más allá de lo que conocemos de Cristo en una forma de vida. Así que todo depende de la medida de nuestro conocimiento de Jesucristo.

Si viviéramos tanto tiempo como Matusalén, nunca se agotaría la plenitud de Cristo Jesús. Hay cada vez más para descubrir en Él. Por tanto, creo que nuestra ocupación en la eternidad será la de conocer a Cristo más y más. Nuestro propósito de vida es entrar en la suficiencia de toda la plenitud de Cristo Jesús para nosotros. Si eso es perfectamente claro, se planteará la siguiente pregunta:

¿CÓMO PODEMOS APRENDER A CRISTO?

Antes de responder a esta pregunta, veamos primero el trasfondo panorámico de esa plenitud y suficiencia de Cristo. Puede sorprenderles si les digo que este trasfondo es un *desierto*. Sólo podemos conocer la suficiencia de nuestro Señor Jesucristo, si estamos dispuestos a entrar en el desierto.

Ahora, el desierto ha sido siempre el mejor lugar para la educación espiritual. Usted puede pensar que no hay mucho que aprender en un desierto. Sin embargo, es así, es el mejor lugar para aprender cosas celestiales. Así sucedió con Abraham, fue así también en el caso de Moisés, como fue cierto con Israel. El desierto también fue un lugar definitivo en la vida de Pablo. Si lo tomamos en un sentido literal o en uno espiritual, el hecho es que el pueblo de Dios fue, una y otra vez, enviado al desierto. Muchos de nosotros sabemos lo que significa ese “desierto”.

Cuando Dios pone Su mano sobre un pueblo, Él siempre los separa de todo lo que no es de Sí mismo, es decir, Él los separa de todo ámbito que se relacione con su vida natural, y los pone, por así decirlo, fuera del mundo de lo natural. Vemos esto en el caso del pueblo de Israel. El Faraón fue el instrumento que les permitió entrar en el desierto; querían servir a Dios con un corazón dividido en dos criterios: una parte en Egipto y la otra parte en la tierra. Pero así nunca hubieran podido servir a Dios. Él mínimo irreductible de Dios fue: ni un solo casco iba a ser dejado atrás. El pueblo de Dios debe estar absolutamente separado de Egipto. Por lo tanto, el Mar Rojo se interpuso entre su pueblo y los egipcios. Dios se encargó de que se quedaran en el desierto hasta que hubiesen aprendido la lección. Dios tenía algunas grandes lecciones para enseñar allí. La

permanencia de Israel en el desierto, tenía que servir a las generaciones venideras como un ejemplo. La dispensación de la iglesia –aún muy lejos en el futuro– se benefició de esta instrucción de ellos. En el desierto, Dios estableció principios eternos. Las cosas que sucedieron con Israel *"sucedieron como ejemplos para nosotros"*.

Dios saca a Su pueblo fuera de todo ámbito de lo natural. Ya sabes lo poco que el hombre natural prevalece en el desierto. No importa cuán intelectual es, cuán poderosos sean sus recursos naturales. No es de mucho uso en un desierto. Tú puedes ser un excelente estudiante, un empresario u organizador espléndido, pero todo esto no es muy bueno en un desierto. Para un hombre que es plantado solo en medio de un desierto, su inteligencia no le es de mucho provecho, su capacidad física no lo llevará muy lejos.

ISRAEL, NUESTRO EJEMPLO

Así que ya puedes ver lo importante de ese asunto. Cuando Dios nos pone en Su mano, nos transporta directamente fuera del ámbito de lo que somos por naturaleza. Ese es el significado de la vida desértica. El objetivo de Dios es hacer todo lo que se relaciona con Cristo. En tanto que podamos hacer cosas, mientras tengamos los recursos en nosotros mismos, no podemos conocer a Jesucristo. Cristo seguirá siendo un campo inexplorado para nosotros.

En la primera carta a los Corintios, encontramos algunas afirmaciones definitivas acerca de Cristo en el desierto. *"³Todos comieron el mismo alimento espiritual, ⁴y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo"*. Cada vez que Israel entraba en una nueva situación de necesidad, lo que Dios hacía para que pudieran satisfacer esa necesidad era darles una ilustración de Cristo. Si necesitaban alimentos, era provisto por el cielo. Lo que recibieron fue un tipo de Cristo. Así que aprendieron a conocer a Cristo en el desierto como su comida y su bebida. Esta es una ilustración histórica para la Iglesia, que Cristo en el cielo es su suficiencia.

Lo que fue verdad en la historia de Israel, también es cierto de Jesucristo voluntariamente. Cristo aceptó esa posición de dependencia para Sí mismo. Él eligió vivir enteramente de los recursos celestiales. Todo lo referente a Cristo aquí en la tierra habla de Su pobreza. Él no tenía ninguna de las riquezas de este mundo. Él no disfrutó de las ventajas que este mundo puede ofrecer. Nació en un hogar muy pobre. Temprano en su vida tuvo que trabajar para ganarse la vida. Su vida fue, hasta el final, de estrechez por el lado natural. Sin embargo, así Él quiso que hubiese sido. Eligió vivir con los recursos del cielo en lugar de hacerlo con los medios terrenales. Cumplió todo su ministerio dependiendo de

los recursos del cielo. Podemos ver eso con más detalle más adelante.

La iglesia, cuando esté totalmente en manos del Señor, será dirigida por el mismo camino, y puesta en dicha dependencia. Todo lo que es de lo natural debe cesar, que la Iglesia pueda aprender que toda su vida está ligada a Cristo en el cielo, y que todos sus recursos reposan sólo en Él.

LOS RECURSOS DE CRISTO

¡Pero es maravilloso vivir en los lugares celestiales! Se trata de un ámbito de constantes descubrimientos, de asombro continuo. Día a día sentimos cuán imposible son las cosas como se ven desde el punto de vista natural. Sabemos que en nosotros mismos no podemos hacer frente a situaciones y responder a las necesidades. Nuestra naturaleza está gobernada por este gran "no puedo". Vemos esto en la vida de Pablo. Él dice del hombre natural que "*no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios*". Esa es la razón por la cual los recursos naturales no son de provecho en el ámbito de las cosas divinas. Pero para ser introducidos en la realización de este hecho ha de ser llevado a un reino de experiencias maravillosas, un reino de constantes descubrimientos de Cristo, cuán rica y plena es para nosotros. Sólo los que tienen en cuenta su propia debilidad y falta, saben lo que es la fuerza maravillosa y plenitud que hay en Cristo.

En el transcurso del tiempo nos encontramos con una situación imposible. No hay ninguna fuerza en nosotros para satisfacer esa necesidad. No sabemos cómo llegar a través de esta cosa. Si estamos abandonados a nosotros mismos vamos a fallar. Pero ahora estamos entrando en una nueva experiencia. Estamos aprendiendo algo que nunca habíamos conocido antes. Vemos que el Señor nos ha llevado a tal situación, que podemos descubrir más de los recursos de Cristo. Al principio pensamos que íbamos a ser abatidos, pero a medida que marchamos, a pesar de las apariencias, poco a poco aprendemos las lecciones del desierto, de modo que podamos entrar en una nueva posición hacia el interior donde podemos satisfacer una mayor demanda.

Así, pues, aprendemos por experiencia que el Señor es igual en cada situación, y que Cristo tiene lo que necesitamos. En lugar de desanimarnos, llevamos en torno a eso un espíritu de victoria, aunque tenemos en nosotros tanta fuerza como antes. Somos tan inhábiles en nosotros mismos como hemos sido siempre. Pero comenzamos a descubrir cuán capaz es el Señor, cuán grande es Su plenitud en nuestra futilidad. Él es la fuerza en nuestra debilidad, Él es la Sabiduría en nuestra insensatez. Nuestros recursos no son recursos terrenales, sino que son los recursos celestiales en Cristo.

EL NEGOCIO SUPREMO DE UN CREYENTE

Esta fue la experiencia de Pablo cuando estaba en la cárcel. ¡Imagínate estando en su lugar! Aislado de los bienes temporales, su trabajo en las iglesias, al parecer llegará a su fin, su libertad prendida de él, en evidente necesidad física y temporalmente. Toda la situación en que se encontraba era deprimente. Él se enfrenta a una temprana ejecución. Y entonces comienza a escribir: "*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*". Él está en el **desierto**, sin embargo, vive sobre el fundamento de Cristo. Por lo tanto, él es triunfante.

Y debido a que él ha aprendido a Cristo, ha sido capaz de ser una bendición para un número incalculable de creyentes hasta el día de hoy. Al estudiar sus cartas, recibimos bendiciones siempre frescas de sus páginas. La riqueza de Jesucristo está llegando a nosotros en abundancia por medio de Su siervo Pablo. Pablo conocía a Cristo. Pero había un desierto espiritual en el trasfondo histórico de esa vida, es decir, un ámbito donde la naturaleza no puede ayudar. Por lo tanto, escribe: "*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro...*". Ese es el desierto de nuestra propia naturaleza –frágiles vasos de barro. "*Nuestro hombre exterior se va desgastando*". Pablo había aprendido la total suficiencia de Cristo por sí mismo en el desierto del hombre natural.

Como ves, el negocio supremo de un creyente es conocer a Cristo. Eso nos lleva a una posición de poder y plenitud espiritual, lo que significa vivir una vida de victoria y fecundidad.

Hay muchos que no experimentan el desierto. Ellos trabajan para el Señor en su propia fuerza. Estas personas no conocen al Señor Jesús. No quieren aprender de Cristo. Pero si vamos a dar al Señor Su lugar en nuestra vida, puede ser que Él nos lleve a un desierto, para que Él pueda revelarse a nosotros en Su plenitud, para que podamos aprender de Cristo y Su suficiencia.

Quiera el Señor utilizar estos mensajes para mostrarnos nuestra pobreza, y nos revele Su plenitud.

Capítulo 3

LA UNCIÓN

"²¹Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, ²²y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como paloma" (Lucas 3:21-22).

"... Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hechos 1:6-8).

"Y fueron todos llenos del Espíritu Santo" (Hechos 2:1-4).

"²⁰Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. ²⁷Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros" (1 Juan 2:20,27).

UNA RELACIÓN CELESTIAL CON CRISTO

Lo más importante en la vida del creyente es aprender a Cristo. *"En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad"*. Esa plenitud es para nosotros, pues en Él estamos completos (cfr. Col. 2:10). Y puesto que Cristo, como nuestra plenitud, está en la gloria, por lo tanto Pablo escribe a los Efesios: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo"*. Eso significa que hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en nuestro Señor Jesucristo en los cielos. Eso implica que nuestra relación con el Señor Jesús debe ser una relación celestial. Sólo cuando entramos en una unión celestial con Cristo podemos participar de estas bendiciones celestiales.

Ahora ya hemos visto que debe haber un desierto, primero en nuestras vidas, antes de que experimentalmente podamos conocer toda la suficiencia de Cristo para nosotros. La vida de Israel en el desierto significa una separación completa de la vieja naturaleza, y una total dependencia de los recursos fuera de esta tierra. El desierto en sí mismo, no proveyó nada para ellos, y todas sus capacidades naturales no fueron aptas para ser usadas en ese lugar. Pero estas condiciones fueron dadas a fin de hacer del desierto un lugar de revelación, donde tuvieran que aprender a Cristo, de una manera especial, como su suficiencia. Cristo es el pan vivo que descendió del cielo. Él es el agua de vida. La *"roca espiritual que los seguía"*; la roca era Cristo.

Vamos a insistir una vez más que, a fin de conocer a Jesucristo en plenitud, tenemos que llegar al lugar donde el mundo y todos sus recursos naturales no nos pueden ayudar, y tienen que ser completamente descartados.

Hemos señalado que el mismo Jesucristo aceptó esta posición, que voluntariamente eligió vivir en un fundamento de fe. Eligió depender totalmente de Su Padre. Él no podía hacer absolutamente nada sin Él, pues Cristo no tenía nada en Sí mismo, sino fue elaborando todo, a partir de los recursos del Padre. Este es el lado más negativo de nuestra meditación. Pasemos ahora a la parte positiva.

¿Cuál es la base de una vida vivida en una unión celestial con Cristo, donde todos los recursos tienen que ser de una naturaleza celestial? La respuesta es: Esta base es el Espíritu Santo.

Cuando Israel se separó de Egipto, y fue sacado al desierto, Dios les dio la columna de nube durante el día, y la columna de fuego por la noche. Esa nube es un tipo del Espíritu Santo. Los cuarenta años en el desierto tipifican la vida de Israel siendo regidos enteramente por el Espíritu Santo. Cuando llegamos al Señor Jesús, vemos la realidad de esto, y cuán cierto fue eso en Su caso. Cuando salió a la vida pública, Dios lo separó para Su ministerio especial. Él vino bajo la unción del Espíritu Santo (cfr. Lucas 3:22). A partir de ese momento, Su vida estuvo regida por el Espíritu Santo (cfr. Hebreos 9:14).

ES ESENCIAL EL ESPÍRITU SANTO

Si queremos vivir una vida divina en el desierto, el Espíritu Santo es esencial. Él nos es dado para dicho propósito. A través del Espíritu Santo, los mismos recursos están a nuestra disposición, sobre los cuales Cristo, en los días de su carne, había estado viviendo. Es muy importante reconocer el hecho de que nuestro Señor Jesucristo aceptó voluntariamente nuestra posición, tomando forma de hombre, tomando el lugar de alguien que depende de Dios para todo. Si hacemos eso, nos alegramos de vivir una vida que se rige por el Espíritu Santo, una vida a través del cual nuestro Señor Jesucristo sea glorificado, así como Él, que vive en el Padre, glorifica al Padre. Esta es entonces nuestra relación con Cristo. La base de una vida divina es el Espíritu Santo. El Señor Jesús vivió Su vida en el Espíritu Santo. Por ese Espíritu Él estaba haciendo Su obra. Él se movía continuamente, en todos Sus caminos, así regido por el Espíritu Santo. Él Señor se negó a moverse o actuar bajo la influencia del hombre, o a ser presionado por las circunstancias. Él sólo hizo lo que el Espíritu Santo testificara en Él. El secreto de su vida triunfante fue el gobierno del Espíritu Santo.

EL LADO POSITIVO

Ahora, lo que es verdad del Señor Jesús debe ser verdad para nosotros. Es el mismo Espíritu que nos unge. Hemos venido a ver que este mundo es un

desierto. Estamos llamados a dejar ir nuestros recursos naturales, y vivir una vida totalmente dependiente de Dios, en comunicación directa con Él. En la obra de Dios, no podemos utilizar los recursos naturales. Ni el mundo ni nosotros por nosotros mismos, podemos producir ninguna cosa para Dios. Pero vamos a enfatizar el lado positivo de esto: El Espíritu de la unción hace que todo sea posible. El Espíritu Santo, la unción que hemos recibido, nos pone en comunión con Cristo. Así como Cristo fue uno con el Padre por el Espíritu, de la misma manera nosotros somos hechos uno con Cristo por el mismo Espíritu. ¡Esta es una unión maravillosa! Esto significa que el Señor mismo está haciendo la obra en nosotros a fin de ejecutarla a través de nosotros.

Lo que queremos decir es que Dios mismo hará Su obra. No se puede llevar a cabo a través de nuestro esfuerzo personal. Pedirle al Señor que nos ayude a hacer Su obra es un gran error. Si se trata de la obra del Señor, entonces es Él quien la está haciendo. Él nunca entrega Su propia obra en nuestras manos. El Señor no traspasa Su obra ni a ti ni mí. Nosotros no somos más que Sus empleados, como el obrero que utiliza sus herramientas. Una herramienta nunca piensa en lo que se debe hacer. Simplemente, produce su rendimiento pero en la mano de su dueño. Él es quien tiene el plan. Él tiene la habilidad y la fuerza, y la herramienta sólo está expresando lo que está en la mente de los obreros. La responsabilidad es con Él. A la herramienta sólo le está permitido hacer lo que el maestro quiere hacer a través de su instrumento. Imagina a un instrumento levantándose por la mañana decidiendo hacer esto o aquello, esperando que el maestro le ayude. Esta no es la actitud correcta. Pensemos en la herramienta que tenga esta actitud, y diga: "Ahora, maestro, usted sabe lo que hará. Usted tiene el plan. Usted sabe cómo va a trabajar, y en qué momento lo hará. Estoy aquí a su disposición. Estoy dispuesto a servirle en cualquier manera que a usted le agrade. Estoy totalmente consagrado a usted y a su propósito. Espero en usted con relación a la obra que tenemos por delante. Usted debe ser la sabiduría, la fuerza y el poder de resistencia detrás de mí. Si yo fuese obtuso, usted me puede afilar de nuevo. Todo depende de usted, pero yo soy uno con usted".

Esta es una ilustración muy sencilla de la verdad. Eso era exactamente la relación del Señor Jesús con Su Padre. Él dijo: "*Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo*". Él trabajó únicamente debido a que Su Padre trabajaba. Él también dijo: "*Las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que hago*" (Juan 5:36). El vínculo entre Él y el Padre era el Espíritu Santo. El trajo esa unidad maravillosa. Ahora estamos bajo la misma unción. Esa unción es la garantía para poder satisfacer cualquier necesidad a la que estamos llamados, y para hacerla en el momento adecuado.

Cuando estamos bajo la unción, que nos pone en comunión con nuestro

Señor Jesucristo en los lugares celestiales, no hay necesidad de entrar en un estado de ansiedad sobre «nuestras obras». El Espíritu Santo vendrá y nos mostrará dónde tenemos que actuar, igual que con la comisión del Señor, y cuándo tenemos que retroceder y esperar –a pesar de la aparente necesidad y presión que viene a nosotros–, porque el tiempo del Señor no ha llegado todavía para satisfacer esa necesidad.

"La unción os enseña todas las cosas". Esto ¿no ha sido así muchas veces en nuestras vidas? Por ejemplo, se presenta una situación difícil, un problema que debe resolverse, y se nos pide satisfacer esa necesidad. Ahora nos estamos consumiendo en un estado de ansiedad, pero todo nuestro pensamiento y planificación no nos está llevando a ninguna parte. No podemos ver lo que debemos hacer, no tenemos luz. Pero cuando entregamos todo al Señor, cuando ponemos nuestra confianza en Él, y confiamos en que Cristo sea nuestra sabiduría y fortaleza, viene la luz, y estamos en condiciones de dar el consejo necesario, y tocar los puntos vitales como por nosotros, por nosotros mismos, nunca seríamos capaces de hacer. Eso sólo viene por la revelación.

La experiencia es verdad: *"En esa hora se le dirá lo que debe hablar"*. El Espíritu Santo nos es dado para que podamos, a través de Él, estar continuamente en la comunión continua y directa con nuestro Señor en el cielo. Inmediatamente que empezamos a trabajar en las cosas con nuestra mente, y contar con nuestros recursos, o buscar en las circunstancias, tomamos sobre nosotros una responsabilidad que va más allá de nosotros, y que no podemos cumplir. El resultado es que llegamos a estar ansiosos, preocupados e inquietos. Empezamos a preguntar a otras personas que nos digan qué hacer. Con todo, esperamos un poco de ayuda de fuera, y entramos así más y más en el reino de lo natural, que, como sabemos, no nos puede ayudar en las cosas celestiales. Pero si permanecemos en virtud de la unción, tenemos la certeza de que todo lo que tenemos que hacer no es sino una parte de un trabajo terminado.

LA OBRA LA EJECUTA EL SEÑOR

Con cuánta frecuencia fue atacada la vida del Señor Jesús para destruirlo. Su vida estuvo plagada de peligros. Apenas hubo salido al ministerio público, y vemos a sus asesinos en acción. Se nos dice que ese intento se hizo cuando entró en la sinagoga de Nazaret. Las personas se sintieron ofendidas por Sus palabras, y le llevaron a la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad, para despeñarle; lo iban a lanzar desde lo alto. Pero continuó en medio de ellos fuera del alcance de sus manos, y su perverso intento fracasó. El Señor no podía ser destruido ni siquiera un día antes de Su tiempo fijado, a causa de la unción. Dios había ordenado Su vida para la "hora" real. *"Nadie me quita la*

vida, sino que yo la doy de mí mismo". El que es ungido y permanece bajo la unción, completará la obra. Nosotros también podemos estar seguros de completar la labor a la que Dios nos ha llamado en la vida, y por la que nos ha puesto en Cristo. *"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"* (Efesios 2:10). ¡Qué grande y poderoso consuelo saber que esta es la unción, y que tiene la plena responsabilidad de la realización de nuestra vida! De modo que sólo tenemos que cumplir en virtud de la unción.

El libro de los Hechos es una maravillosa demostración de esto mismo. Antes de que el Señor dejara a sus discípulos, les dio esta comisión: *"Id por todo el mundo..."*. Pero agregó: *"Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto"* (Lucas 24:49). Cuando el Espíritu de la unción vino sobre ellos el día de Pentecostés, ellos no tenían ningún deseo de celebrar una reunión de comisión, y decir: *"Ahora debemos organizar nuestro trabajo. Tenemos que hacer arreglos para recoger el dinero, y hacer planes de cómo ejecutar esta cosa bien. Será necesario pensar en todas las emergencias que puedan surgir"*. No, los apóstoles habían sido liberados de todo esto. La unción que habían recibido se hizo cargo de todo. Ellos no tenían que pensar en eso. Se fueron a cumplir con su comisión con gran alegría, y dejaron que el Espíritu Santo se encargara de todas las situaciones de emergencia. Él tomó la plena responsabilidad por ellos. Todo lo que tenían que hacer era sólo para el rendimiento en completa obediencia al Espíritu.

Cuando la iglesia llegó a ser, ellos no tuvieron que buscar nuevos miembros para la iglesia. No se reunieron para organizar esto o aquello, a fin de edificar la iglesia. El Espíritu Santo se hizo cargo por completo. Leemos: *"El Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos"*. Pero tal vez la otra declaración fuese aún más importante, el Espíritu Santo no le permitió a nadie unirse a ellos. Leemos: *"De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos"* (Hechos 5:13). A veces es más fácil llevar a la gente a la asamblea –en apariencia– que sacarlos de nuevo. Pero para eso también el Espíritu Santo asumió toda la responsabilidad. Ese es un factor importante. Es una gran posición estar donde, para todas las cuestiones relativas a la Iglesia y nuestra vocación, el Espíritu Santo está tomando la responsabilidad.

LA UNCIÓN ASEGURA LA VICTORIA

Pero no olvidemos que esa posición provoca al enemigo. Inmediatamente después de la unción, el Señor se reunió con el enemigo en el desierto. Al adversario no le importa mucho que la unción no esté funcionando. Pero si tú y yo andamos en virtud de la unción, si el Espíritu Santo está formando a Cristo en nosotros, la gloria de Cristo, que es *"la esperanza de gloria"* en nosotros, nos

convertiremos en el objeto del odio del enemigo. Si se puede decir eso de los creyentes que están bajo la unción, verdaderamente serán aborrecidos por el diablo. Él hará todo lo que está en su poder para destruir estos instrumentos de Dios. Pero la unción también asegura la victoria. El Espíritu Santo nos da la victoria.

No obstante, no debemos olvidar que nuestra fuerza física y el poder del Espíritu Santo nunca pueden ir juntos. Es absolutamente esencial que el hombre natural sea descartado. Sólo cuando conozcamos nuestra propia debilidad, vamos a ser fuertes. Piensa en el apóstol Pablo cuando dijo: "*Cuando soy débil, entonces soy fuerte*" (2 Corintios 12:10). Así que nuestra sabiduría natural y la sabiduría de Dios no pueden ir juntas. Por lo tanto, el desierto es necesario, y tenemos que decir «sí» a los tratos de Dios con nosotros. Tenemos que estar dispuestos a renunciar a nuestra propia vida y dejar atrás todo lo nuestro a fin de llegar a la plenitud de Cristo. La plenitud del Espíritu Santo es el derecho de nacimiento (primogenitura) de cada hijo de Dios. Él nos introduce en una unión con el cielo, con la Cabeza exaltada. En Él los recursos del cielo están disponibles para nosotros, porque Dios ha hecho a nuestro Señor Jesucristo nuestra plenitud. Cuando la unción permanece, será verdad una y otra vez que: "*Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*".

"²⁰Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Efesios 3:20-21).

Capítulo 4

UN CIELO ABIERTO

"También harás un velo... y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo" (Ex. 26:31-36).

"Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo..." (Mateo 27:46-51).

LOS RECURSOS CELESTIALES

El objeto de nuestra meditación es: Jesucristo en el cielo como nuestra suficiencia. Ya hemos visto que los recursos de nuestro Señor Jesús procedieron de Su Padre cuando Él estaba aquí en esta tierra. Él voluntariamente vivió en un estado de dependencia absoluta en Su Padre. Él quiso que fuese así. Él rehusó poseer algo en Sí mismo. Todo lo que necesitaba lo trajo desde el cielo, lo recibió desde arriba.

Cuando estamos unidos por la resurrección con Cristo, el Espíritu Santo nos pone en comunión con Aquel que está en el cielo para nosotros. Esto significa que todos los recursos con los que el Señor Jesús vivió, están a nuestra disposición. Estos recursos fueron recursos secretos, es decir, que eran desconocidos para el mundo. La gente alrededor de Él estaban absolutamente en la oscuridad en cuanto a la fuente de Su poder. Hubo una relación secreta entre Él y Su Padre que les impresionó. Vieron que había algo en el fondo de Su vida, un misterioso poder y conocimiento, que no eran normales para el hombre. Había todo un conjunto de recursos a Su disposición que nadie tenía. El Señor tenía un conocimiento que iba mucho más allá de la comprensión del hombre. Y debido a que vivió una vida secreta, una vida en Su Padre, Sus recursos eran misteriosos y maravillosos a los hombres.

Si vivimos en celestial unión con Jesucristo por el Espíritu Santo, los mismos recursos están a nuestra disposición. No nos olvidemos de la palabra que ocupa la base de nuestra meditación: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo"*. Esto significa que todos los recursos que están en Cristo están disponibles para nosotros. Pero tenemos que aprender a vivir en comunión tan estrecha con Él como Él vivía con Su Padre en los días de Su carne.

EL VELO EN EL TABERNÁCULO

Ahora echemos un vistazo a algunos de estos secretos y recursos. Vamos, entonces, a Hebreos 9:3-4: "*Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo*". Tenemos aquí el tabernáculo como lo fue en la tierra, con su lugar santo y su Lugar Santísimo. El lugar santo representa la tierra. Allí tenemos el candelero, el altar del incienso y la mesa de los panes, señalando –tipológicamente– al Señor Jesucristo.

Ahora Jesucristo ha pasado por el velo al lugar de las realidades futuras, donde todo es Cristo, Cristo es todo y en todos. El cielo está abierto desde que Cristo rasgó el velo. Para el hombre natural el cielo está cerrado. Esto incluye no sólo el cielo que podemos mirar en el firmamento, sino que representa una esfera, el ámbito actual de la actividad de Dios, que podemos compartir en unión con Él.

Nosotros también tenemos un cielo abierto. Pablo dice: "*Nuestra ciudadanía está en los cielos*". Si nuestro caminar en esta tierra es permanecer en el ámbito celestial, debemos tener un cielo abierto, ya que somos totalmente dependientes de los cielos por la bendición espiritual. La puerta del cielo está cerrada para el hombre natural. Incluso un hombre como Nicodemo no lo puede ver, y mucho menos entrar allí.

Repitamos que el "lugar santo" del tabernáculo representa la tierra, y el "lugar santísimo" representa al cielo. En un solo lugar tenemos los tipos de cosas celestiales. En el otro estaba Dios mismo. Entre los dos estaba el velo. Hubiese encontrado la muerte cualquiera que hubiese entrado a través de ese velo al lugar santísimo, salvo por un mandato especial de Dios.

La carta a los Hebreos nos dice, además, que el velo era un tipo de la carne de Cristo. Hay dos aspectos en la Persona de nuestro Señor Jesucristo: el lado terrenal (lo de la tierra) y el lado celestial (lo de Dios). Entre el cielo y la tierra estaba el velo, y la carne de Cristo era el velo.

Cuando Jesucristo murió en la cruz, el velo del templo se rasgó de arriba a abajo. Ahora el tipo dio lugar a la realidad. Ese velo estaba, pero por sugerencia, apuntando a Dios, consumido, y al hombre se le permitió acercarse a Dios. La carne de nuestro Señor Jesucristo está hablando de la limitación humana que formó una barrera entre la realidad de Dios y el hombre. Si nos fijamos en el lugar santo del tabernáculo, vemos que tiene características e ilustraciones de las cosas celestiales con relación a la limitación del hombre.

LAS REPRESENTACIONES TERRENALES

El conjunto del Antiguo Testamento nos da lecciones de estos objetos, porque el hombre, por naturaleza, no puede entrar en la realidad de las cosas divinas. Dios puede hablar al hombre sobre las cosas celestiales sólo a través

de las representaciones de terrenales. Él tenía que enseñar al hombre como uno enseña a un niño, al darle estas imágenes y parábolas de las cosas divinas. Ese es el significado del "Lugar santo". A nadie se le permitió entrar a través del velo, que separaba el lugar santo del Lugar Santísimo, y que eran respectivamente los tipos de la tierra y el cielo.

Ahora, Israel fue a dar su vida con el fin de ser una ilustración, un patrón de las cosas de Dios. Eso le sucedió a Israel para que llegara a ser una parábola para nosotros. Por lo tanto, la historia de Israel es tan importante para nosotros que, a la luz del Nuevo Testamento, esos hechos están ahora habilitados para que se vean en estos tipos del Antiguo Testamento como las realidades divinas.

Una vez al año, en el día de la expiación, el velo era levantado. Después de muchos preparativos, al sumo sacerdote se le permitía entrar en el "Lugar Santísimo". Pero era sólo una vez al año, y luego se cerraba de nuevo. Pero el día de la expiación hablaba acerca de algo más profundo en las intenciones de Dios. Ese día estaba señalando el hecho de que, de acuerdo con la voluntad de Dios, el velo no iba a permanecer para siempre, sino que habría una expiación a través de la cual el cielo se iba a mantener abierto para siempre.

EL CAMINO ESTÁ ABIERTO PARA SIEMPRE

Cuando Cristo murió en la cruz, el velo se rasgó. Lo que Dios había planeado desde antes de los tiempos de los siglos, se llevó a cabo en Cristo. Ahora el camino hacia Dios está abierto para siempre. En Cristo, el velo rasgado ha abierto el camino. Él había venido en la carne, como el Hijo de Dios, para hacer esa obra que nadie podía hacer. En Cristo resucitado, ya no hay más velo. Como el Hijo del Hombre, Cristo aceptó nuestra limitación humana.

Como el Hijo de Hombre Él fue el **hombre** representativo. Pero, como el Hijo de Dios, Él estaba vinculado con el cielo. En Su Persona, Él fue el velo del tabernáculo. Él se levantó entre el cielo y la tierra. Él se mantuvo firme entre la limitación del hombre y la plenitud de Dios, entre los tipos y las realidades. Cuando vivía entre los hombres, Él habló en parábolas para referirse a las cosas celestiales, debido a las limitaciones del hombre, quien no tuvo capacidad para aprehenderlas. Entonces expuso las cosas celestiales, a la manera de las terrenales. Él dijo: "*Si os he dicho cosas terrenales, y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?*" (Juan 3:12). Lo que quiso decir el Señor fue: "Si tengo que exponer las cosas del cielo en forma de parábolas y tipos a la manera terrenal, y no han entendido, ¿cómo van a entender si hablo con ustedes en el idioma celestial? "

Ahora todas estas limitaciones son pasadas. Cristo es en verdad "el camino".

Él ha entrado, a través del velo de Su carne, al santuario más íntimo, al lugar más santo, y abrió el camino. Cristo crucificado y resucitado es el camino para nosotros en la presencia inmediata de Dios.

Y cuando dice: "Yo soy la verdad", eso significa que todo lo que ves no son sino los tipos y los símbolos que actúan como imágenes. Todo eso no son las cosas celestiales en sí mismas. Él es la realidad de todas estas cosas. En Él tenemos la realidad. Los sacerdotes estaban ocupados en el tabernáculo, año tras año, pero sus obras eran "muertas", eran obras que nunca podrían llevar a una unión vital con Dios. Ahora bien, Cristo dijo: "Yo soy la vida". Sólo en Cristo hay vida. La sangre de los machos cabríos y los toros, y la vida en esa sangre constituía sólo un recordatorio, un tipo. Nadie más que Cristo puede dar la vida. Él es la realidad viviente.

LA ESCALERA DE BETHEL

Ahora podemos ver el cielo y la tierra unidos en Cristo resucitado y ascendido. Él es el mediador. Él es la escalera que Jacob vio en su sueño, y por la que los ángeles de Dios subían y bajaban. El Señor se refiere a esto cuando le hablaba a Natanael, y le dijo: "*De aquí adelante veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre*" (Juan 1:51). Eso no era sino un tipo en Bethel que se ha convertido en una realidad viva en Cristo. Él está uniendo el cielo y la tierra. En él –en los dos lados de Su naturaleza– se juntan Dios y el hombre, el cielo y la tierra están unidos. Él es el camino, la única forma de comunicación entre el cielo y la tierra. La unión con Cristo significa vivir bajo un cielo abierto, en la presencia de Dios, y en toda la realidad de la vida nueva.

El Espíritu Santo nos es dado por este motivo. El Espíritu Santo vino sobre el Señor Jesús después de Su bautismo en el Jordán. Los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió sobre Él. Ahora bien, Cristo resucitado es un cielo abierto. El Espíritu de la unción viene sobre nosotros, porque el Crucificado ha resucitado. Él viene a nosotros a partir de un cielo abierto que el Hijo de Dios ha abierto para nosotros.

Pero ¿cuál era el valor de la unción? El valor radica en que nos lleva a una unión celestial con Dios. El Señor Jesús dijo: "*Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad*". Y Juan lo confirma al decir: "*La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe... la unción misma os enseña todas las cosas*" (1 Juan 2:27). Esto está representado por los ángeles que ascienden y descienden.

El Espíritu Santo se comunica con nosotros, pero Cristo es la escalera que une a la tierra con el cielo. ¿Dónde está esa escalera? No es en el mundo. La

escalera se fija en nuestros corazones. Es Cristo en nuestros corazones. Hay un camino abierto desde el cielo en nuestros corazones, que es Cristo mismo, que nos conduce a la misma presencia de Dios. El Espíritu Santo se mueve con relación a Cristo para llevarnos a la comunión con Cristo, así como Cristo está en comunión con Su Padre.

LA OBRA DE LA CRUZ ESTÁ TERMINADA

Toda la suficiencia de Cristo está garantizada para nosotros, sobre esa base. Estamos en los cielos, porque Cristo está en nosotros. Si estamos unidos a Su Persona, se han ido las limitaciones. Hay una comunión directa e inmediata con Dios, y el Espíritu Santo nos puede revelar las cosas celestiales.

Así se entiende lo que significa recibir todo directamente de Dios en Cristo. Cristo en nosotros significa un conocimiento interior de Dios, una relación íntima en el corazón con Él. Se trata de una vida interior que viene de Dios, un poder interno de Dios. Pero eso es un misterio que el mundo ignora y no lo puede saber. El mundo no puede entender que nuestro Señor Jesús estaba dispuesto a aceptar exactamente la misma base de vida con su limitación en la que vivimos, pero sin pecado. Sin embargo, en comunión con Su Padre, Él rompió continuamente todas estas limitaciones, y las venció al traer toda su provisión, toda la plenitud de Su Padre. Su suficiencia radicaba en Su Padre.

Así que estamos llamados a vivir, por el Espíritu, una vida triunfante sobre todas nuestras debilidades, una vida en Cristo es todo, y donde Su victoria es nuestra victoria. La obra de la Cruz está terminada. El velo está roto. El camino está abierto.

Así, Cristo resucitado en el cielo significa para nosotros un cielo abierto, donde todo es posible para nosotros en Cristo, para que podamos glorificarlo. Todas las cosas se nos han dado en Él. Y es la unción la que nos enseña todas las cosas.

Capítulo 5

UNA VIDA CELESTIAL

"Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Juan 5:26).

"En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1:4).

"Yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí" (Juan 6:57).

"Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste" (Juan 17:2).

"¹¹Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. ¹²El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Juan 5:11,12).

"Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 1:17-18).

EL SEGUNDO RECURSO

En el capítulo anterior hemos tratado el primer recurso que tenemos en nuestro Señor Jesucristo, y vimos que es un cielo abierto. Ahora llegamos al segundo recurso, la posesión de una vida divina.

En la primera parte de la Escritura que hemos leído, la declaración que se hace es que el Padre ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo; por eso dice que *"en él estaba la vida"*. El segundo pasaje, en Juan 1:4, nos muestra la manifestación exterior de la Vida. *"En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"*.

El tercer pasaje nos presenta la relación de esa vida con el Padre. El Señor Jesús dijo: *"Yo vivo por el Padre"*. Esto significa que Su vida se basaba en una relación especial que tenía con el Padre. La última parte de Juan 17:2 nos muestra que Él tiene autoridad para dar vida. *"Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste"*.

EL QUE TIENE AL HIJO TIENE VIDA ETERNA

Ahora, la cuarta entrega de esa vida, y la manifestación exterior de esto en

otros se nos muestra en 1 Juan 5:11-12, donde leemos: "*Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida*". Por último, Apocalipsis 1, nos lleva al lugar en el que la vida es desafiada y probada en cuanto a su realidad. El Señor Jesús dijo: "*Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades*".

En la Cruz del Señor Jesús, esa vida fue impugnada. El infierno se había levantado para apagar esa Vida. Había un conflicto terrible con las fuerzas de la muerte. Pero la vida en Él venció la muerte, porque era una vida indestructible. La muerte no tenía poder sobre esa Vida. Aunque Él se introdujo en el reino de la muerte, Él venció la muerte, ya que "era imposible que fuese retenido por ella". Él tiene las llaves de la muerte y del Hades. Las llaves son el símbolo de la autoridad. Ahora el Señor Jesús está en posesión de ellas. Esa autoridad se basa en la vida eterna que, a través de Él, ha vencido a la muerte.

UNA VIDA ÚNICA

Ahora vamos a ver el significado de cada uno de estos versos, y considerarlos un poco más de cerca.

Tengamos en cuenta en primer lugar que la vida en nuestro Señor Jesucristo fue un factor distintivo. Se hizo de Cristo único entre los hombres. Él era diferente de todo el resto de la creación de Dios. La de Cristo era una vida peculiar.

En este sentido, se puede decir de Él lo que no se puede decir de cualquier otro ser de la creación: que "*en él estaba la vida*". El Señor sabía que había una gran diferencia entre Él y los demás. Los hombres eran conscientes de que había algo en Él que era totalmente diferente a ellos, y que no podían explicarlo. Esta diferencia no tiene nada que ver con la educación o posición social, ya que esto no pertenece a la esfera natural. Era de la esfera espiritual, y sólo podría atribuirse a la Vida que estaba en Él.

Esa vida divina alimentaba Su mente, pues no sólo era superior a los demás, sino diferente en su tipo, aunque siempre fue un contrincante frente a los demás intelectualmente. El secreto fue Su visión espiritual. Las mayores autoridades religiosas de Jerusalén trataron de atraparlo para llevarlo a una trampa. Pero siempre se les escapó, porque Su mente estaba energizada por la vida divina que le ministraba el Espíritu divino. ¡Con qué frecuencia Sus adversarios se quedaron atónitos ante Él! Con qué frecuencia se preguntaban en su sabiduría, diciendo: "*¿Cómo sabe letras este hombre, no habiendo aprendido?*"

SUS CUALIDADES SOBRENATURALES

Fue superior con relación a la mente y al corazón. Estaba lleno de energía porque la vida divina en Su simpatía y compasión fueron mayores que las de cualquier hombre. Su amor era un amor diferente. Él sufrió mucho a manos de los hombres, pero nunca perdió Su compasión. Aunque sabía que Jerusalén lo iba a crucificar, Él lloró sobre la ciudad diciendo: "*Jerusalén, Jerusalén ...*". Su corazón se llenó de compasión y paciencia hacia los suyos. ¿Acaso ellos mismos no testificaron de él: "*Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*" (Juan 13:1)? ¿Ellos merecieron amor? Uno de ellos lo negó. Sin embargo, nunca perdió Su compasión por ellos, o por Pedro. Su corazón y Sus simpatías se mantuvieron en el alto nivel de amor de Su Padre.

En cuanto a Su voluntad, Sus acciones fueron alimentadas por esta vida desde arriba; y en cuanto a Su confianza, Él la mantuvo a través de cada prueba. No dudaba de la fidelidad de Su Padre.

LA REALIDAD DE PENTECOSTÉS

Se necesitaría horas para el seguimiento de la única y ardua capacidad de trabajo en la vida y la naturaleza de nuestro Señor Jesús. Durante cuarenta días después de su resurrección, Él buscó establecer experiencias entre sus discípulos mostrándose a Sí mismo que estaba vivo, a través de muchas pruebas convincentes, como comer y beber con ellos.

Sin embargo, el quincuagésimo día fue el día más grande, yéndose más allá de los hechos, cuando hizo de Sí mismo una realidad en el interior de ellos. Cuando llegó el quincuagésimo día, es decir, "*cuando llegó el día de Pentecostés*", el Señor resucitado llegó para habitar en el corazón de Sus discípulos para ser su vida, su poder, la nueva creación de Dios. Sobre la base de Cristo en ellos se constituyeron en sus testigos.

EL MINISTERIO DE LA IGLESIA

El ministerio en el Espíritu es un testimonio de vida. Si nuestro ministerio no es un testimonio, no es un verdadero ministerio. El corazón del ministerio es Cristo en nosotros, una expresión de Su resurrección. Tenemos que revelar a Cristo como la Vida; en Él estaba la vida. Cuando ministramos de este modo a Cristo, Él se manifestará a través de nosotros como la luz y la libertad. El Señor dijo: "*Vosotros conoceréis la verdad*". Esa es la luz. "*Y la verdad os hará libres*". Esa es la libertad. El ministerio no es una cuestión de palabras, sino que a través de palabras hay una impartición de Cristo. No es información acerca de

Cristo, o bellos discursos. El ministerio es una muestra sucesiva del Señor Jesús, una manifestación de Cristo a través de nosotros, como el Señor resucitado.

Ese es el ministerio de la iglesia. La asamblea del Señor es llamada a ministrar vida, y testimonio vital de esa vida en ellos. Cuando nos reunimos en el Nombre del Señor, eso debería significar vida para nosotros. Cuando la asamblea del pueblo del Señor constituye un acercamiento juntamente con la vida del Señor, siempre significa una nueva activación de Su vida en ellos, una renovación de la fuerza. Nuestra mente es avivada, las nubes se levantan, incluso el cuerpo entra a disfrutar del bien de la plenitud de esa vida. Tal vez algunas de las personas del Señor se reúnen al final de un día, físicamente cansadas, agotadas o desanimadas. Si su unión es en el Espíritu de Vida que es en Cristo Jesús, incluso sus cuerpos se avivan. Se renovarán física, mental y espiritualmente, para que puedan irse de la reunión frescos y llenos de alegría, porque se han reunido en vida. Eso es completamente diferente de sólo sentarse en una reunión y escuchar un mensaje. Muy a menudo el ministerio de la Palabra se deja para el predicador, y la gente está esperando conseguir algo de él, esperando que sea lo suficientemente interesante para mantenerlos despiertos. Nadie está aportando nada. No hay asidos por la unidad de vida de Cristo. Es sólo el negocio de siempre, como siempre, comenzando con la esperanza de llegar a alguna parte, y siempre termina en desilusión.

LOS ENGAÑOS DEL ENEMIGO

Ahora, el Señor sabía que el enemigo trataría de ocultar el hecho de Su resurrección. Él sabía que el supremo ataque actuaría con rabia alrededor de la seguridad de estar vivo entre los suyos. Por lo tanto, Él esperó tanto tiempo con ellos para establecer en ellos el testimonio de Su resurrección, para que fuesen Sus testigos. Pero los medios y los métodos del enemigo son innumerables. Uno de sus ardides es de dos caras. O logra que te envuelvas en una atmósfera de muerte espiritual, donde todo parece estar completamente muerto, y trata de que la fe sea vacía e irreal, o que te arrastra en una vida falsa. Él usa la Escritura y trata de agitar las emociones en un ambiente muy tenso, en el cual una gran fuerza psíquica está en la obra para producir milagros similares a los del Espíritu, sin embargo, no son sino mentiras y signos de engaño.

La única manera de saber si es una cosa de Dios o no, es preguntarnos: ¿Será esto ministrar a Cristo para nosotros? Lo importante es no agitar las emociones, sino ver que haya un incremento de Cristo. No se trata de aferrarse

a una experiencia, sino que se forje en nosotros un conocimiento interior de Cristo. La prueba de todo es si Cristo es ministrado a nosotros o no. ¡Qué tan cerca está la muerte espiritual! Hay un constante conflicto girando a nuestro alrededor contra la vida del Señor resucitado. Es muerte espiritual en contra de la vida espiritual. La muerte es la más persistente; es el último de todos nuestros enemigos. *"El postrer enemigo que será destruido es la muerte"*.

Tenemos que mantener nuestra fe en el hecho de que Jesucristo ha resucitado, que en Él tenemos la vida, una vida nueva, la vida misma de Dios, la vida eterna.

LA VIDA ES ACTIVA

Entonces está la cooperación de la fe. Tenemos que hacer espacio para esa vida en nosotros. No hay nada más fatal que una actitud pasiva, un estado de introspección. La vida es activa. Siempre que tocamos la fe, habrá, y debe ser, amor activo. La fe es siempre activa, porque el amor no puede ser meramente pasivo. No siempre puede ser actividad exterior. A veces, esa actividad sólo puede ser una actitud de espíritu, un estado de espera, que se aferra con tenacidad, creyendo que el triunfo de Dios es seguro, que su fidelidad no puede fallar.

Nuestra vida no es algo meramente abstracto. Es la vida que es en Cristo, una vida en comunión con Él. Y porque estamos en contacto con la persona viva de Cristo, los mismos recursos del mundo invisible, están disponibles para nosotros en lo que estaba dibujando, *"En él estaba la vida"*. Por lo tanto, estamos llenos de gratitud y gozo inefable de que *"Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo"*.

Que el Señor mismo nos enseñe el significado y el valor de Su vida de resurrección como la fuente secreta de un recurso inagotable de nuestra vida.

Capítulo 6

LA COMUNIÓN CON DIOS

"¹⁹Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. ²⁰Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. ³⁰No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Juan 5:19-20,30).

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir" (Juan 16:13).

"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8:2).

"¹⁸Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios. ²¹Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida" (Juan 5:18,21).

DEPENDENCIA ABSOLUTA DEL PADRE

Permítaseme, en primer lugar, pedirles que lean cuidadosamente y tengan en cuenta estos pasajes de la Escritura. Verán que hay una correspondencia maravillosa entre el Padre y el Hijo, y entre el Hijo y el Padre. Esta correspondencia encuentra su expresión en la frase: "Así también".

Lo que es notable de una manera peculiar es el hecho de que el Señor Jesús pone el énfasis en esto: que Él no puede hacer nada por Sí mismo. Si permitimos que todo el peso de esa declaración venga a nuestros corazones, vamos a ver de nuevo lo que nos ha ocupado al principio de nuestras consideraciones, que el Señor Jesús ha aceptado voluntariamente una posición de dependencia absoluta de Su Padre. Él aceptó una posición de auto-vaciado total. Los resortes de sus recursos no estaban en Él, sino en Su Padre. *"El Hijo no puede hacer nada por sí mismo"*. En Su propia persona no había recursos para hacer las cosas. En efecto, Él decía: "La fuente de todo está en el Padre. Tengo que sacar todo del Padre. Sin Él no puedo hacer absolutamente nada". Eso es una declaración tremenda de parte del Hijo. Esto hace de esta secreta

intimidad y comunión con el Padre algo tremendamente vital. Pero la necesidad misma de esta completa comunión con el Padre era uno de sus secretos recursos.

LA INDEPENDENCIA DEL HOMBRE NATURAL

Ahora bien, éstos no son sólo hechos, sino que también vemos una gran diferencia entre Él y otros hombres. El hombre natural actúa por sí mismo. El sello del hombre natural es la autosuficiencia. Él siempre encuentra las fuentes de sus recursos en sí mismo. Vemos eso en Adán. Al principio, hasta cierto punto sus recursos estaban en Dios. Él extraía su instrucción y sabiduría de Dios. Todo era de Dios. Por el camino de la obediencia a Dios, el hombre estaba en comunión con Él. Pero entonces llegó el momento en que empezó a actuar por sí mismo. Mediante una sutil insinuación del diablo, se puso a razonar las cosas por sí mismo, hasta que se dejó engañar por su propia voluntad, y la desconfianza en contra de Dios se deslizó en su mente. Él tomó las cosas de las manos de Dios en sus propias manos. El hombre dejó de sacar sus recursos de Dios y pensó que podría tenerlos en sí mismo. Esa es la actitud del hombre natural en Adán hasta este día.

El hombre natural actúa de acuerdo con su sabiduría natural. Él trata de razonar una situación, sopesar los pro y los contra de las cosas, procediendo de acuerdo con lo que él cree que es "sentido común". Él dirige su conducta por su propia sabiduría y razón naturales. Para algunas personas, la razón es la parte más fuerte de sí mismos. La fuente de las cosas para ellos está en su propia razón, y sólo lo que piensan y se proponen entender tiene algún valor para ellos. Todo lo demás no cuenta. Con otros, en los sentimientos está el factor más importante. De acuerdo con lo que creen ellos actúan.

Pero note, así como el hombre natural se desarrolla en la historia, el final de esta dispensación producirá un hombre natural (la humanidad en su estado caído), desarrollado al máximo. Habrá dictadores, superhombres actuando por sí mismos. Ellos serán una ley para sí mismos, sin consultar a los demás. Ellos deben sentir el deseo y la razón de lo que debe hacerse. Ese estado de cosas concluirá con el Anticristo. El Anticristo va a ser un hombre autosuficiente y representante de la suma total de todo lo que es natural –la razón, los deseos (sentimientos) y la voluntad. Él no va a tener a Dios en reverencia, sino que será más grande que Dios. En él, la raza humana estará representada en su carácter plenamente desarrollado, caído, haciendo que toda la raza se vaya en contra de Dios.

Lo que es cierto del Anticristo, también es cierto, en su adecuada proporción, en cada miembro de la raza humana. El hombre natural se mueve

desde sí mismo, pero el resultado es siempre la muerte. Si proyectamos nuestra propia voluntad, nuestros deseos, nuestra propia razón en las cosas, no obstante lo vivos que parezcamos, el resultado será la muerte. Sólo lo que sale de Dios es vida. Con relación a esto, el significado de la palabra del Señor Jesús, es de primordial importancia: *"El Hijo no puede hacer nada por sí mismo"*. Si otros creen que pueden, el Hijo no puede. Aquí está la gran diferencia entre el Señor Jesús y nosotros mismos. Él sólo puede moverse a partir del Padre. Él sólo puede ir en caso de que el Padre le lleve.

Ahora, con ocasión de estas palabras fue la curación del hombre impotente. Los antecedentes de este incidente da mucha luz acerca de su significado interior. Aquí hay un hombre impotente durante años. Él había intentado durante muchos años entrar en el estanque a fin de encontrar la curación. Pero había sido en vano. Él estaba totalmente impotente. Él sabía que su ayuda dependía de otro hombre. Qué patético que es: *"No tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua"* (Juan 5:7). Su única esperanza estaba en otro hombre. Y al no haber tenido al hombre que necesitaba, un día Jesús vino en este mismo sentido, y le preguntó si quería levantarse. El hombre impotente no discutió en torno a esta orden, y le contestó conforme el siguiente sentir: "Lo he intentado mil veces, pero no he podido. No tengo fuerzas en mí para hacerlo". Aquel hombre puso su fe en Cristo. Lo que no podía hacer en él mismo, lo hizo en la fuerza de otro –Cristo. Abandonando lo suyo propio, él lo puso en Cristo. Y se encontró con que su salvación estaba en ese otro Hombre. Así que, confiando en Él, se levantó. Cristo se había convertido en su fuerza. Eso es vida.

Ahora ese incidente arroja mucha luz sobre todo el capítulo. Los judíos objetaron oponiéndose a esto, debido a que ellos se regían por leyes exteriores. Su demanda era el cumplimiento de la letra, cuyo resultado era más bien muerte que vida. *"Porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica"*. Los judíos preferirían dejar al hombre en desamparo hasta su muerte, que tener la obra de Cristo en lugar de la ley. Cristo se regía por una ley interior, que era la ley de la vida, por la cual trajo la vida. Él dijo: "Mi Padre trabaja, y yo trabajo... porque todo lo que Él hace, esto también lo hace el Hijo de la misma manera". Esta es una maravillosa correspondencia entre el Padre y el Hijo, una ley interior, la unión con Dios en vida, de la cual fluyen las obras de Dios, y las manifestaciones de la vida.

¿Cuál era la ley? La ley de los judíos consistía en "tú debes hacer" y "no debes hacer". La ley judía estaba en contra de la curación en un día sábado, pero el Padre no estaba en contra. Fue la voluntad del Padre, y el Señor Jesús, de una manera misteriosa, reconociendo que el Padre estaba trabajando, que el Padre lo había hecho, por lo tanto lo hizo. Era la ley de la comunicación

interior, y la comunión con el Padre, lo que movió al Señor Jesús a tomar esas medidas. Él no se rigió por la mente natural, ni por la letra de la ley; Él no trató de razonar lo que podría ser la voluntad del Padre. Es la ley del Espíritu de vida en Él la que le revelaba la voluntad del Padre, que le dio la seguridad interior de sus actos, y el resultado de un oído y una vista interior. Él podría decir con respecto de Su Padre: "El Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz en ningún momento, ni visto su forma". Hay un misterio en esa relación entre el Padre y el Hijo. El secreto de la fuente del poder del Hijo en esa relación, se debe a que fue una relación de vida por el Espíritu.

Ahora, la misma relación es válida para nosotros. En la carta a los Romanos, el apóstol Pablo dice: "*La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*". Libre de la ley del pecado. Libre de la ley de la muerte. Es la libertad de una vida en Dios a través de Cristo.

Me permito pedirte que nos detengamos justo un momento. ¿Realmente has visto esto? ¿Se ha convertido en una realidad interior para ti? ¿Estás seguro de que nuestra relación con el Señor Jesucristo se encuentra exactamente en la misma base como su relación era con Su Padre aquí en la tierra? Es la relación de una vida en el Espíritu. Nos introduce en un mundo nuevo. Esto marca la diferencia entre la aceptación exterior de las verdades cristianas y de su doctrina, y lo que es la vida revelada y forjada por el Espíritu. Nuestra relación con Cristo se basa en el Espíritu de vida trabajando en nosotros.

Ahora se nos acaba de decir algunas cosas en cuanto a la manifestación exterior de esa relación. Es una relación de por vida y su testimonio es vida. Observa cuán cierto era en el caso del Señor Jesús. Es significativo cuántas veces Él utiliza la expresión "Mi hora" en Su vida. Se nos muestra claramente hasta qué punto Su vida estaba regida por Su Padre. Fue llevado en Sus acciones y movimientos al compás del tiempo de Dios. A veces era sólo una cuestión de horas o minutos. Pero Él no conoció momentos no cumplidos en Su vida. Sin embargo, nunca tenía prisa. Todo en su vida fue programado de una manera maravillosa. En ningún momento obraría por Él, ni en todos los tiempos. Tratar de lograr las cosas fuera del tiempo de Dios significaría la muerte. Cuando, en Caná, Su madre trató de convencerlo para que satisficiera las necesidades que habían surgido, Él sólo intervino cuando "Su hora" había llegado, y eso fue tal vez sólo unos minutos más tarde. Una vez más, cuando envió a sus discípulos a que vinieran en ayuda de Lázaro, que estaba gravemente enfermo, o cuando sus hermanos le preguntaron si iba a Jerusalén para la fiesta con sus discípulos. Él esperó el momento adecuado, por Su mandamiento del Padre. En todos estos casos vemos la misma moderación en Él. No estaba siguiendo sus propios razonamientos, sino que esperó el tiempo que el Padre le había designado. Lo mismo ocurría con las palabras que

hablaba. Cada palabra era del Padre, y no de Sí mismo. Espera del tiempo asignado por Dios, acciones, palabras, todo es regido por el Padre. "Mi Padre trabaja –y Yo trabajo".

¿CÓMO CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS?

Pero, ¿cómo conocer la voluntad del Padre? No fue por el oír natural de la oreja, como si una voz no cesara de venir a Él para dirigirlo. Cristo conocía la voluntad del Padre por el Espíritu de vida interior. Es la comunión de esa vida única interior en Él que lo llevó al conocimiento de la voluntad y las obras de Dios. La vida divina no es sólo un don, un depósito, algo para ser guardado en nosotros. Esta vida es un poder que actúa en nosotros. Es una dirección divina dada por el Espíritu de vida en tu interior. Las reglas y los mandatos de Dios vienen por esos canales. Él nos revela Su voluntad a nosotros por el Espíritu de vida en nosotros.

El Señor Jesús conocía la voluntad del Padre por el Espíritu vivificante en Su interior. Es así como Él dijo: "La hora viene, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán". El Señor Jesús no se refiere aquí a los físicamente muertos, sino que habla de los muertos espiritualmente; ni se estaba refiriendo a una voz audible, sino al Espíritu vivificante, por el cual se escucha la voz del Hijo de Dios. "*Las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son vida*". Es el poder de Dios obrando en el interior. Dios habla a nuestros corazones. Tenemos que aprender a entender el hablar de Dios en nosotros desde el principio en nuestro nuevo nacimiento. Hay un lenguaje del Espíritu, y tenemos que prestar atención a ese movimiento de vivificación del Espíritu de vida en nosotros. La voz del Hijo de Dios es escuchada por el Espíritu vivificante en tu interior. Así sucedió con el Señor. Él tenía esa vivificación por el Espíritu de Dios en Sí mismo. Lo que es cierto en Su caso, tiene que ser verdad para nosotros. Tenemos que ser gobernados de la misma manera. "*Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*" (Romanos 8:14). La filiación es la razón de nuestra relación con Él. La garantía de esa filiación viene por el Espíritu dando testimonio a nuestro espíritu, diciendo: "Eres un hijo de Dios". Es el testimonio de vida en nosotros. Sabemos en nuestro espíritu que somos hijos de Dios. A pesar de nuestros pecados, nosotros conocemos nuestras faltas, nuestros defectos. Somos regidos por el Espíritu de Vida que procede de Él.

Ahora, recogiendo todo lo que hemos dicho, vemos que esta relación, esta comunión con Cristo, está disponible para nosotros en el campo de la resurrección. Cristo nos ha traído a esta unión con Él en Su vida. Esto requiere tres pasos definidos que son de primordial importancia:

TRES PASOS INDISPENSABLES

PRIMER PASO. Relación con el Señor en el Espíritu de Vida. Definitivamente tenemos que reconocer que esta relación con el Señor tiene que estar en el Espíritu de Vida, que este es un hecho, que es verdad. Honestamente y sin duda tenemos que reconocer que esta relación es que "Cristo en nosotros" es un hecho, y que todo tiene que ser gobernado por el Espíritu de Vida.

SEGUNDO PASO. Obediencia a la ley del Espíritu de Vida. Debe haber perfecta obediencia a la ley del Espíritu de vida en nosotros. La obediencia es a la ley de vida en Cristo. Él nunca fue influenciado por los hombres o las circunstancias. Él no permitió que los hombres dictaran su curso, ya que dijo, "hacer esto o aquello, y que otros lo hagan también". Esto no fue motivo para que Él debiera hacer algo. El Señor nunca expuso Sus decisiones ante los hombres, porque Él conocía en Su corazón lo que el Padre quería. Él trabajó con Dios en todas las cosas, no según las apariencias, o lo que oyó a los demás, sino según el Espíritu de vida en Él. Él vivió en absoluta dependencia del Padre, y completa obediencia a la voluntad con todas Sus fuerzas.

TERCER PASO. Andar en el Espíritu. Un andar en el Espíritu es esencial. No debemos vivir en la carne. Vivir en la carne significa hacer las cosas por nosotros mismos, hacer nuestra propia voluntad. Pero andar en el Espíritu es hacer todas las cosas como desde Dios, rigiéndose por el Espíritu Santo.

Por último, no olvidemos que esta vida en el Espíritu es progresiva, siempre creciente. Al principio no lo conocemos todo. Tenemos que aprender, y en el aprendizaje se suele cometer errores. Pero a medida que somos fieles y obedientes al Señor, seremos guiados paso a paso, y aprenderemos a caminar en el Espíritu. Tenemos que aprender por la experiencia. Pero cuanto más se llega a conocer al Señor Jesús, más entramos en el hecho de una completa salvación en la plenitud de la gloria de Dios en nosotros, más crece esa vida en nosotros, y vamos a caminar en la luz, y por lo tanto en la libertad de los hijos de Dios.

Ese andar en el Espíritu puede ser una cosa maravillosa en el fondo de nuestras vidas, como sabemos que se incrementa cada vez más el Espíritu de vida en nosotros –esa relación secreta y la comunión con Cristo en vida.

Capítulo 7

EL MANÁ ESCONDIDO

"²⁸Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? ²⁹Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. ³⁰Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? ³¹Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. ³²Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. ³³Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. ³⁴Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. ³⁸Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. ⁴⁰Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. ⁵³Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. ⁵⁴El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. ⁵⁵Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. ⁵⁷Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. ⁵⁸Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente" (Juan 6:28-34, 38,40, 53-58).

"El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17).

"³¹Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. ³²El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. ³³Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? ³⁴Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4:31-34).

LA ACCIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS Y LA VIDA

En esa declaración de nuestro Señor Jesucristo, hay tres cosas implícitas.

En primer lugar, el Señor Jesús tiene una fuente secreta de fuerza. *"Yo tengo*

una comida que comer, que vosotros no sabéis".

En segundo lugar, hay un vínculo entre la voluntad de Dios y la **vida**. "*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió*". Recordamos que en este momento el Señor Jesús estaba hambriento y muy débil. Se sentó en el pozo cansado por el viaje. Cuando los discípulos regresaron de la ciudad en la que habían comprado los alimentos, lo encontraron muy revivido. Ellos pensaban que alguien le había traído algo de comida. Pero el Señor les explicó que la renovación de Su vida había llegado de hacer la voluntad del Padre. Eso muestra una estrecha relación entre la acción de la voluntad de Dios y la "Vida".

En tercer lugar, el vínculo con esto es un propósito divino y el cumplimiento del mismo. "*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra*". La voluntad del Padre representa un propósito divino, y el Señor Jesús dice que Él estaba vinculado con ese propósito. Lograr ese propósito divino fue una satisfacción mayor para Él que las cosas terrenales. Se puede decir que Él encontró Su vida en hacer la voluntad de Dios.

Por lo tanto, un factor importante para nosotros es que la obediencia es el camino a la plenitud de Dios. Así ocurrió en el caso del Señor Jesús. Cuando Él dijo: "*Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna*", muestra claramente que la unión con Cristo, según la voluntad de Dios, significa vida para nosotros. Así, la voluntad de Dios está en relación y unidad vital con el Hijo.

NUESTRO ALIMENTO FÍSICO

Ahora, la comida se toma para el mantenimiento de nuestra vida. Nuestro alimento físico satisface nuestras necesidades, y sirve para nuestro desarrollo y crecimiento. Pero todo esto está relacionado con la voluntad de Dios. El cumplimiento de la voluntad de Dios es como tomar alimentos para poder vivir. Cuando hacemos la voluntad de Dios, estamos tomando lo que sostiene nuestra vida. De este modo nuestra necesidad es satisfecha. El crecimiento espiritual se mantiene. El Señor Jesús dijo de Sí mismo: "Yo vivo por el Padre", y "el que me come vivirá por mí". El Señor Jesús vivió en razón de Su unión con el Padre. Y nosotros vivimos con motivo de nuestra unión con el Hijo.

Lo esencial de esa unión es la obediencia. Satanás intentó destruir la vida del Señor –el último Adán– por el mismo procedimiento con el que había logrado destruir al primer Adán: consiguiendo que desobedeciera a Dios. Pero el Señor Jesús refutó al diablo apelando a la Palabra de Dios. Tres veces Jesús le dijo: "*Escrito está*". Esto mantuvo Su vida, y superó al príncipe de las tinieblas y a la

muerte.

La obediencia a la voluntad revelada de Dios significa liberación de la muerte. Eso es lo que queremos decir con el mantenimiento de nuestra vida. Esta actitud fue cierto en el Hijo de Dios en toda Su vida. Al ser obediente hasta la muerte, incluso la muerte de cruz, Él venció la muerte. Por lo tanto, Él está vivo para siempre. Así que todo está ligado a la obediencia en lo referente a la vida. Inmediatamente que resistimos la obediencia a Dios, vamos a detener la vida del Señor en nosotros, y hacer imposible seguir adelante. La obediencia es vida.

LA COMIDA ESPIRITUAL ES HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Esta comida espiritual no sólo es el mantenimiento de nuestra vida, sino que también aumenta nuestra vida. Nos conduce a la plenitud de Cristo. Creemos por tomar esa comida, y se incrementa la vida por la obediencia. En Filipenses 2, se nos dice que el Señor Jesús fue obediente al Padre hasta lo sumo, "*por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre*". Esa es la plenitud resultante de la obediencia. Cada nuevo acto de obediencia nos lleva a una mayor plenitud en Cristo, a un incremento espiritual. Pero la desobediencia trae limitación, y detiene el flujo de vida.

Este es entonces el significado de la comida espiritual, el hacer Su voluntad, siendo obedientes en todo. Dicho alimento espiritual está relacionado con nuestra unión con Cristo en Su resurrección. Es una vida en la que Cristo está en la muerte y la resurrección. En el trasfondo de Juan capítulo 6 tenemos la Pascua. Con relación a lo que eso significa espiritualmente, el Señor Jesús alimentó a una gran multitud. Los judíos estaban a punto de comer el cordero pascual. Pero antes de que eso tuviese lugar, aquí tenemos una multitud hambrienta, y Él –el Cordero de Dios– les da de comer pan, diciendo: "*Yo soy el pan de vida*". Él vinculó eso con la Pascua, la cruz, el Cordero inmolado, diciendo, en efecto: "Yo soy vuestro pan. En mi muerte y resurrección, es decir, en mí tenéis vida". Cristo es impartido a nosotros.

EL CORDERO SELLADO POR EL PADRE

Ahora, hay una cláusula notable en Juan 6:27, donde el Señor dice: "*Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre*". Aquellos a quienes el Señor dirigió esta palabra sabían muy bien lo que quería decir. Ellos sabían que no se les permitía tomar cualquier cordero para la Pascua. Tenía que ser uno sin mancha.

Entonces, cada cordero tenía que ser llevado al templo para que fuese examinado por los sacerdotes en cuanto a su perfección absoluta. Y cuando eso estaba de acuerdo con los requisitos exigidos, los sacerdotes del templo ponían un sello sobre el animal, y era sacrificado. Todo el mundo sabía lo que significaba ese sello. Así que el Señor Jesús tomó esa costumbre familiar y la relacionó consigo mismo, diciendo: "Él ha sido sellado por el Padre". Cristo iba a darse a Su pueblo como a quien el Padre ha declarado absolutamente perfecto. Él se estaba dando a Sí mismo como comida para que vivamos por Él, y caminemos en obediencia a Él como Él había sido obediente a Su Padre.

Nosotros también somos «sellados» por la fe en nuestro Señor Jesucristo. El apóstol Pablo escribe a los Efesios diciéndoles que están "*sellados con el Espíritu de la promesa*". Dios conoce a los que son suyos. Somos Su posesión. Recibimos el sello del Padre como una prenda de que nos ha elegido a nosotros, que somos aceptados en el Amado, que Él no nos ha rechazado. Somos aceptados en Cristo como perfectos. Esa comunión completa con Cristo implica nada menos que un abandono total a Dios, un dejar de lado todo lo que es personal, toda voluntad propia, de modo que podemos decir en verdad: "Estoy crucificado con Cristo. Cristo vive en mí".

HASTA QUE SEAMOS TRANSFORMADOS A SU IMAGEN

La comida y la bebida son algo espiritual. Esto significa permanecer "en Cristo", y se relaciona con la acción de la voluntad del Padre en cada parte de nuestra vida. Pero la cuestión que se plantea aquí es: ¿Realmente queremos vivir? Recuerde que sólo "vivimos" en verdad si queremos cumplir la voluntad de nuestro Señor, si permitimos que el Señor Jesús sea nuestra vida, siendo perfectamente obedientes a Él. La nuestra es una voluntad corrupta. Los deseos personales siempre están dañados. Somos carne. Por tal motivo, eso sólo debe ser "en Cristo".

El pecado ha sido tratado y juzgado en la Cruz. Allí se puso de manifiesto que la humanidad perfecta de Cristo se ha mantenido libre de cualquier poder de corrupción hasta el final. Ahora ese perfecto Cordero de Dios es entregado por nosotros. Estamos autorizados a recibirlo, a permanecer en Él. El que logra totalmente el cumplimiento de la voluntad de Dios, permanece en nosotros. Así crecemos. Comer Su carne y beber Su sangre significa crecer en Él, para que Su poder se manifieste en nosotros. El Señor quiere, y debe, crecer en nosotros hasta hasta que nosotros seamos transformados a Su semejanza, hasta que Su imagen se vea en nosotros.

Ahora, ¿cuál es el propósito de Dios para nosotros? El Señor Jesús dijo que la voluntad del Padre era "que acabara Su obra". ¿Cuál era Su obra? Veamos una vez más en el capítulo 4 de Juan la necesidad de la mujer de Samaria. Ella no conocía la verdadera vida. Cuando llegó al pozo, ella estaba en gran necesidad. Introducida en una conversación con el Señor en cuanto a vida, ella vio que Cristo era la vida. *"El que cree en mí, tiene vida eterna"*. Y aquella mujer creyó en Cristo. Cuando los discípulos regresaron de la ciudad, encontraron al Señor Jesús maravillosamente renovado. Estaba completamente satisfecho, porque había cumplido la voluntad del Padre. ¿Cuál era esa voluntad? Se trataba de dar vida a todos los que el Padre le había dado.

EL SUSTENTO SECRETO DE NUESTRA VIDA

La obra de Dios consiste en conducir a las almas pobres para que conozcan la vida en Cristo. Cuando cumplimos nuestro ministerio, y somos canales para dar vida a los demás, no tardaremos en descubrir que esto es más satisfactorio que cualquier otra cosa. Si tú has llevado un alma a Cristo, sabes lo que significa esa satisfacción. Llevar la vida divina a las almas necesitadas llena el corazón de alegría y satisfacción, tanto que los deseos mundanos se desvanecen. Vamos a tratar de llevar a los pobres pecadores a Cristo, porque cuando estamos en ese trabajo vamos a saber que la verdadera vida es una vida de perfecta obediencia a Dios, dedicada a la voluntad del Padre. Esta fue la ley de la vida del Señor Jesús. Este es el maná escondido, el sustento secreto de nuestra vida. Los que no conocen al Señor no saben nada de esto. Pero el que vive por Cristo, conoce esa comida. Él sabe que hacer la voluntad de Dios es Vida. Cuanto más somos obedientes a la voluntad divina, más fluirán los ríos de Su vida en nosotros. Vamos a buscar ese tipo de comida que el mundo no conoce, pero de la cual dijo el Señor: *"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"*.

"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2:10).

Capítulo 8

“MI PAZ OS DOY”

"Y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11:29-30).

"³²Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ³⁶Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:32,36).

"La paz os dejo, mi paz os doy" (Juan 14:27).

"Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz" (Juan 16:33).

"La paz sea con vosotros" (Juan 20,19,21.26).

Estos pasajes nos dan la clave de la otra característica de los recursos de Jesucristo, es decir, un secreto descanso y libertad. La vida de nuestro Señor Jesús estuvo marcada por una tranquilidad de espíritu y un real descanso de corazón. No hay duda acerca de eso, aunque había mucho en Su vida para que hubiese sido de otra manera. Él a menudo estuvo en tormentas, pero muy rara vez las tormentas se encontraban en Él. Las demandas sobre Él eran grandes. Había mucho que hacer. Pero nunca fue abrumado por eso, nunca se vio angustiado. Él iba a través de todo eso en paz y descanso en el corazón. Alguien dijo con razón que nunca se registra en la Escritura que el Señor Jesús hubiese corrido alguna vez. Él nunca fue capturado por falta de tiempo. Toda su vida estuvo marcada por el descanso y la paz interior.

TRES ÁMBITOS

Si estudiamos este asunto, vemos que el Señor Jesús disfrutó de descanso y paz en tres ámbitos. En estos tres campos Él era diferente a todos los hombres.

PRIMERO: EL PECADO PERSONAL

En primer lugar en el ámbito del pecado personal Él tuvo perfecto descanso. El Señor nunca estuvo afligido por la cuestión de pecado personal. Su paz nunca fue perturbada por el pecado en su interior. No hubo pecado en Él. A menudo fue presionado a tomar un curso equivocado. Sin embargo, nunca cedió a la tentación. Y debido a que era capaz de sufrir, fue estimulado a abstenerse a Sí mismo. Esa tentación se produjo un día a través de Pedro –en un intento de poner a un lado el camino de la Cruz–, cuando Su discípulo le dijo: *"Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca"*. Porque Él tenía capacidad para el sufrimiento, y podía ser tentado por el enemigo. Era una tentación desde el exterior. Pero eso no podía perturbar Su paz interior,

porque Él se abandonó a la voluntad de Su Padre. Su lealtad al Padre frustraba las tentaciones. El secreto de Su paz fue Su unión con el Padre.

SEGUNDO: SU PROPIO SER Y NATURALEZA

Luego estaba el ámbito de Su propio ser y naturaleza. Cristo era una personalidad de carácter unificado. Su alma era un alma unida, su mente era una sola mente. No hubo razonamientos dobles en Él en conflicto entre sí. No había ningún conflicto entre Su propia razón y la de Su Padre. Su corazón tampoco estaba dividido. Él no tuvo dos juegos de deseos en guerra el uno con el otro. Por otra parte, Su voluntad era una y firme. No había ningún conflicto entre Su voluntad y la voluntad del Padre.

Todas las tentaciones que sufrió fueron para provocarlo a alejarse de Su Padre, y a tener deseos, razonamientos, voluntad que no eran del todo de Su Padre. Pero esta actitud estaba fuera del asunto relacionado con Él. No hubo desviación ni en el menor grado de la voluntad de Su Padre. Detrás de todo esto había una fe perfecta en Su Padre y Su fidelidad. Cuando Él sufría, esto era conforme a la voluntad de Dios, y no porque estaba en conflicto con Su propia voluntad. El sufrimiento lo marcó, pero nunca lo distrajo. No había tensión, no había controversia interior con Dios en Su vida. Era perfectamente tranquilo y armonioso –de una personalidad unificada.

Gran parte de la falta de paz en nuestras vidas proviene de nuestra falta de unidad. Estamos en conflicto con nuestro propio razonamiento, nuestros deseos y sentimientos, y nuestra voluntad. Nos debatimos en dos direcciones, perturbados por las cosas en guerra en nosotros. Muy a menudo somos como dos personas que luchan entre sí, en un estado de agitación. Lo mismo ocurre respecto de nuestra relación con Dios. Nuestros pensamientos y deseos están en conflicto con los pensamientos y deseos de Dios. ¡Cómo fue completamente diferente en el caso del Señor Jesús! Él conocía el significado de la paz interior.

TERCERO: OBLIGACIONES CON LA LEY

El tercer aspecto en el cual el Señor Jesús disfrutó de perfecto descanso y libertad fue en el campo de las obligaciones respecto de la ley. La ley con su "tú debes" y "tú no debes", y las innumerables cosas que hay que hacer y no hay que hacer, todos los reglamentos y las observaciones de la ley de Moisés al pueblo judío, fue una gran carga. Ofender siquiera en un punto de aquello (las demandas de la ley), significaba ser culpable de todo. Luego apareció la interpretación y aplicación de la ley por parte de los escribas y fariseos, a quienes el Señor Jesús dijo: *"Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres"* (Mateo 23:4).

En ese aspecto el Señor Jesús estaba completamente en reposo. Él nunca estuvo en esclavitud a la ley. Él vivió en el cumplimiento de la ley con tanta seguridad y certeza como ningún otro. ¿Por qué fue dada la ley? ¿Para qué? Fue para un solo propósito: Tenía la intención de asegurar el lugar y los derechos de Dios. Ahora, el punto principal de la ley estaba en contra de la idolatría. La idolatría es muy amplia y extensa. Es la línea a lo largo de la cual el diablo trata de conseguir sus fines de sustraer a Dios de Su lugar. La codicia es idolatría, es decir, las cosas que se desean para uno mismo. La irreverencia es idolatría, el culto se ha apartado de ser ofrecido a Dios. La concupiscencia, la gratificación de la carne, está tomando el lugar de Dios. Hay muchas formas de idolatría. Si nos fijamos en esos "tú debes" y "tú no debes", usted verá que cada uno de esos items tiene que ver con la idolatría. Eso está tomando el lugar y los derechos de Dios.

Ahora, Dios tenía Su lugar ideal y Sus derechos en el Señor Jesús. Él no necesitaba la ley porque perfectamente cumplió la ley en el espíritu. Él fue liberado de la ley de obras por una ley superior. Su corazón estaba completamente en reposo en el asunto de las obligaciones legales. En Él, la ley fue establecida en su significado más profundo. El lugar y los derechos de Dios están plenamente garantizados en Cristo.

NUESTRO REPOSO ES CRISTO

En la carta a los Hebreos leemos mucho acerca de descanso. Es el descanso en Cristo. Su descanso tiene que ser nuestro descanso. No voy a tratar de decir que tenemos que ser perfectos, sin pecado, o que nunca podemos pecar de nuevo. Pero hay que reconocer que el pecado tiene que haber sido tratado en primer lugar. Todos nuestros pecados fueron puestos en Cristo. Jesucristo nos ha liberado de una vez por todas del pecado. *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"* (Romanos 8:1). ¡Ninguna condenación! ¿Por qué? Porque Cristo mismo se ha ocupado permanentemente con la cuestión del pecado del pasado, el presente y el futuro. Todo lo que nos separa de Dios a causa del pecado es perdonado, y somos colocados por la fe en una posición de plena justificación ante Dios. Aun cuando pecamos otra vez, hay perdón que permanece. Nuestra redención es una redención eterna, porque está escrito: *"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad"* (1 Juan 1:9), y *"la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia (nos mantiene en la limpieza) de todo pecado"* (1 Juan 1:7).

NINGUNA CONDENACIÓN HAY PARA NOSOTROS

Ahora es una cuestión de nuestra unión con Él. Si permanecemos en esa unión con Cristo, no necesitamos estar bajo condenación ni siquiera por cinco minutos. Si, cuando hemos fallado, reconocemos y confesamos nuestros pecados, nos serán perdonados. Así que el ámbito de la paz y libertad está en Cristo. Somos liberados a través de Cristo, y en Él. Tenemos que tomar en serio la Palabra en Romanos 8. Tenemos que permanecer en Él llenos de alegría: *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y la muerte"*. Esa es una condición resultante de una posición. "En Cristo" hay libertad, no hay condenación. Así como Cristo permanecía en el Padre y había perfecta paz en cuanto al pecado, así nosotros –permaneciendo en Cristo– podemos tener perfecta paz. No es la paz que el pecado desprendió de nosotros, sino la paz como resultado de la continuación de la virtud depurativa de la sangre.

LLEVANDO EL YUGO DEL SEÑOR

Pero, ¿cómo se obtiene ese descanso, esa paz experimentalmente en nuestra naturaleza dividida en este tipo de unidad? La forma es la siguiente: A medida que el Señor Jesús gana la partida en nuestros corazones, nos volvemos más y más con Él. A medida que nos entregamos más y más a Él, todos los conflictos de la mente, el corazón y de la voluntad, cesarán. La actitud de Cristo era de absoluto abandono al Padre. Él no estaba resistiendo nada, dispuesto a hacer toda Su voluntad. No había ningún conflicto al respecto. Todo Su ser era uno con el Padre. A medida que despidamos y dejemos ir la vida del yo, dejando que Cristo obtenga el dominio en nosotros, Él pone fin a todo el conflicto interior.

Un corazón totalmente del Señor es un corazón en reposo, un corazón conforme a la imagen de Cristo. El Señor dijo: *"Llevad mi yugo sobre vosotros"*, es decir, "Sed perfectamente uno conmigo". Un yugo hace que dos seres sean uno. Por eso estaba prohibido en el Antiguo Testamento el uso de un yugo desigual, para poner un asno y un buey bajo un mismo yugo, pues estos dos seres eran totalmente diferentes. El yugo se desgarraba y dañaba. Pero se nos permite estar bajo un mismo yugo con el Señor Jesús. El yugo habla de unidad, compañerismo, de ser gobernado por una sola voluntad. Así, encontramos reposo para nuestras almas.

Entonces, como a la paz en el ámbito de la ley, la cuestión relativa a la observancia del sábado no perturbó al Señor Jesús en lo más mínimo. Dios tenía Su lugar ideal y Sus derechos en Él, aunque los gobernantes del pueblo enarbolaban la ley continuamente contra Él. Cada día y cada hora de Su vida pertenecía a Su Dios, Su Padre. Él dio completamente cumplimiento a la ley en el Espíritu. Los fariseos exigían el mantenimiento de la forma exterior, la letra,

y al hacerlo así pecaron contra el espíritu del sábado. Hay muchos cristianos que están bajo la ley, y por lo tanto en condiciones de servidumbre. El camino para salir de esta esclavitud es Cristo. Vosotros nunca tenéis que preocuparos por el día de reposo, si Cristo es el **Señor** en vuestros corazones. La ley fue dada para asegurar el lugar y los derechos de Dios para Él. Si Cristo es el Señor en nuestra vida, lo hacemos. Cada día es un día de reposo para aquellos cuyo Señor es Cristo.

Si estamos viviendo en el verdadero sentido espiritual de la ley, no tenemos que preocuparnos acerca de la forma exterior, la letra. Podemos estar equivocados en cuanto a la letra, y sin embargo estar bien con Dios. Lo que importa es el significado espiritual –la vida– de nuestra unión con Dios, que le permite al Señor trabajar en nosotros. Cristo violó el sábado, conforme a la letra, pero nadie en todo el universo ha cumplido la ley de manera tan perfecta como lo hizo Él. Él dijo: *"Vosotros conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"*. Cristo es la verdad, y trasciende la simple letra. Si Cristo mora en nosotros, podemos vivir en Su reposo y paz. Así, el pecado no tendrá ningún poder sobre nosotros. No tenemos que preocuparnos de nosotros mismos, no debemos tener miedo al fracaso en nuestra vida diaria.

Cristo es nuestra paz. Cristo es nuestro descanso. El descanso y la libertad siempre significan fuerza. Si estamos sin descanso, estamos sin efectividad. Cristo es nuestra suficiencia, pues todos nuestros recursos están en Él.

Que el Señor nos guíe en Su propia paz.

Capítulo 9

EL SIGNIFICADO Y EL VALOR DE LA FILIACIÓN

"Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo" (Mateo 11:27).

"¹⁸A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. ³⁴Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (Juan 1:18,34).

"¹⁸El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. ³⁵El Padre ama al Hijo. ³⁶El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Juan 3:18,35-36).

"²⁰El Padre ama al Hijo. ²¹Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida" (Juan 5:20-21).

"¿Crees tú en el Hijo de Dios?" (Juan 9:35-37).

"Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Juan 11:4).

"⁴Yo te he glorificado en la tierra... ⁵Ahora, pues, Padre, glorifícame tú para contigo" (Juan 17:4,5).

"A fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col. 2:2-3).

"Amados, ahora somos hijos de Dios" (1 Juan 3:1-2).

"¹⁶El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. ²¹Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Romanos 8:16,21).

"Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha" (Filipenses 2:15).

"Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:5).

Continuando con nuestra meditación sobre Cristo en la gloria como nuestra suficiencia, hemos llegado a otra característica de Sus recursos, que se relaciona con la filiación.

En primer lugar, debemos destacar que hay una diferencia entre los títulos de nuestro Señor Jesucristo como el Hijo del Hombre e Hijo de Dios. Éstos encierran dos aspectos de la verdad y la obra.

Como Hijo de Dios, el Señor Jesús, representa ese lado de la verdad en la que el mismo Dios fue manifestado en carne. Después de la caída, Dios nunca más confió Su obra al hombre. "*Dios estaba en Cristo*". Cristo era Emmanuel, Dios está con nosotros. El título de Hijo del Hombre nos muestra otro lado de Cristo: Dios está recuperando en forma de hombre y para el hombre lo que había perdido. Esto significa que Dios ha venido a esta tierra como hombre, se ha identificado con el hombre para redimirlo. Pero ese título de "Hijo del Hombre" va mucho más allá del nivel humano ordinario. Nuestro Señor Jesucristo está muy por encima de todos los demás hombres en Su naturaleza. Él es el Hijo del Hombre del cielo, o, como dicen las Escrituras, "*que está en los cielos*". Eso no se puede decir de cualquier otro hombre. Todos ellos eran de la tierra. Cristo era el único proveniente del cielo como "*el unigénito Hijo*". Es importante entender el significado de esto.

El Señor Jesús no era del todo el Hijo unigénito. Esta expresión no tiene nada que ver con la procreación, porque las Escrituras nos dicen que cada creyente es nacido de Dios. Ahora, esto no significa eso. Esta expresión tiene que ver con el tipo de nacimiento. El Señor Jesús fue engendrado único, era el único de este tipo. Él estaba solo como tal. Todos nosotros hemos sido engendrados por la Palabra de Cristo y el Espíritu. Pero todos somos pecadores por naturaleza, porque "*lo que es nacido de la carne, carne es*". Por lo tanto, Pablo dice de nosotros, que estamos "*en Cristo*", que "*el cuerpo está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia*". Frente a eso, la venida de nuestro Señor Jesucristo en la carne era algo único. No hay pecado en Él, quien había venido en semejanza de carne de pecado. El Hijo de Dios fue nacido una vez por todas y de una manera única. Ese es el significado de "*el unigénito Hijo*". Él es el Hijo del Hombre desde el cielo. Ambos títulos suyos son divinos, y pertenecen a los cielos. Como Hijo del Hombre e Hijo de Dios, Él es diferente de los demás hombres. No debemos separar estos dos títulos.

En cuanto a la aplicación práctica, un acuerdo muy grande está relacionado con el hecho de que el Señor Jesús era el Hijo de Dios. Observe cómo a menudo el Señor Jesús se refiere a Su filiación, y cuánto dependía Él de ese hecho. Eso significaba todo para Él. Si Él no hubiera sabido eso, hubiera estado sin la fuerza principal que ha caracterizado Su vida. Vivió y trabajó con fuerza triunfante y eficaz, porque sabía que estaba en esa relación esencial con Su Padre.

Seamos diligentes en eso también nosotros, pues conseguimos nuestra fuerza a partir del conocimiento que estamos viviendo, de que somos hijos de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. El hecho de que Él era el Hijo de Dios, le trajo una fuerza maravillosa que le hacía superior a todos los demás hombres, tanto en posición, como en persona. Era un tipo adecuado de

superioridad, y marcado por la humildad más profunda. Él realmente podía decir de Sí mismo: *"Yo soy manso y humilde de corazón"*. Sin embargo, había una fuerza maravillosa y dignidad en torno a Él. Despreciado de los hombres, sin bienes terrenales, podía levantar Su cabeza como un rey. La conciencia de que poseía lo que ningún hombre había tenido, carecía de toda auto-afirmación. Eso lo salvó de un "complejo de inferioridad", lo cual nunca es un signo de humildad. Él sabía que tenía una misión desde arriba. El Señor tenía perfecto derecho a ponerse de pie entre los hombres. Podría reunirse con todos, pobres y ricos, porque sabía que Dios le había enviado. Y los hombres reconocen esa fuerza en Él. Ellos eran conscientes de una dignidad y un poder que estaba sobre Él, que les obligó a decir de Él que hablaba *"como quien tiene autoridad, y no como los escribas"*. Él tenía absoluta confianza en lo que decía, y la actitud que tomaba. La explicación se encuentra en el terreno de quién era Él. *"Yo he venido del cielo"*. Fue la filiación lo que le dio esta fuerza –esa maravillosa relación que tenía con Su Padre.

Ahora bien, el valor espiritual de esa filiación divina, es nuestra. Esto no quiere decir que tiene que haber algún orgullo o vanidad. Tenemos que ser como Él, manso entre los hombres, humilde de corazón y sin pretensiones. No debe haber ninguna auto-afirmación, pero, sin embargo, debemos tener la fuerza del Hijo de Dios. Nunca debemos tener algo de disculpa por causa de nuestro testimonio. Nosotros somos hijos de Dios. Juan dice: *"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios"*, y lo somos. Es la afirmación de un hecho. *"Amados, ahora somos hijos de Dios"*. Pongámonos de pie ante este hecho. ¡Qué fuerza sería la nuestra si realmente reconociésemos la posición que tenemos como hijos ante Dios a través de nuestro Señor Jesucristo! *"El Padre ama al Hijo"*. Esto es válido para todos los hijos de Dios. La filiación se basa en el amor especial del Padre. *"El Padre conoce al Hijo"*. Nosotros también tenemos conocimiento de Él. El mundo no nos conoce. Puede que nos miren como un espécimen muy pobre, porque a Él no le han conocido. Pero el Padre conoce y ama a Sus hijos. Esa es nuestra fuerza.

Entonces lo que hay que señalar es que esa filiación es básica para la resurrección (cfr. Romanos 1:4). Toda la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios, debido a que fue creada para ellos. Pero ahora está sujeta a vanidad y puesta en grave limitación. Para cuando Adán (que fue la corona de la creación de Dios) cayó, la creación entera cayó con él, y la filiación fue suspendida. Como consecuencia, la creación entera sufre. Está gimiendo y con dolores de parto hasta ahora, esperando la manifestación de los hijos de Dios. Pero cuando los hijos de Dios se revelaren, entonces la creación también será liberada de la maldición del pecado y de la muerte, y llevada a la gloria. De modo que hay privilegios altos ligados a la filiación. Toda la creación

está dependiendo de nosotros. El universo entero está esperando la manifestación de los hijos de Dios. ¿Cómo podemos pasar por alto el enorme significado y la vocación de nuestra filiación? Independientemente de lo que se encuentre entre los hombres, hay grandes posibilidades relacionadas con nosotros para el mundo. Es indescriptiblemente grande y no tiene nada que ver con la auto-importancia. Porque Dios ha querido que todo en este universo debe depender de nosotros y nuestra filiación. Hemos nacido de Dios para ser conformados a la imagen del Hijo de Dios. Crecer en Él nos permite entrar en la alta posición de un llamado celestial que es designado para los hijos de Dios.

Ahora, la filiación es la base de la actividad de Dios. La posición y la vocación de la filiación no tienen nada que ver con un nombramiento «oficial». Los tratos de Dios con nosotros no están en un terreno oficial, no es porque hayamos tomado un poco de la obra cristiana, o ir por un determinado nombre que represente un oficio especial, que Dios está interesado en nosotros. Ser ministros u obreros cristianos no implica que Dios esté trabajando especialmente a través de nosotros. Los tratos de Dios con nosotros se basan en nuestra relación con Él como hijos de Dios. Él está tratando con nosotros como con hijos. Es una cosa espiritual, no un asunto oficial. El ministerio, por lo tanto, resulta de una relación especial con Dios. La verdadera obra de Dios depende de nuestra relación espiritual con Él, y el valor de nuestro servicio es en proporción a nuestra unión con Dios.

Sólo aquellos que son absolutamente uno con Dios pueden asumir responsabilidades para Él. Independientemente de lo que nos llamemos a nosotros mismos, por grande que sea nuestra actividad para el Señor, Dios no toma en cuenta eso. No sirve de nada llegar a Él, y decirle: "Ahora, Señor, Tú sabes que estoy participando en este trabajo, y por eso quiero que me ayudes en esto". Eso no es razón para que nos ayude. Dios está por Sus hijos, y sólo trabaja con ellos sobre la base de una relación interior. Alguna persona que no está en una posición "oficial", puede ser mucho más útil para el Señor que muchos que tienen un ministerio y una posición oficial. Lo que importa no es nuestro conocimiento espiritual o el ministerio oficial, sino nuestra relación secreta con Dios. Dios nos capacita espiritualmente para Su servicio, y defiende nuestra filiación, no nuestro oficio. Él se encargará de nuestra posición si vemos nuestra relación con Él.

Dios llamó a Israel Su primogénito. Él se levantó por Su pueblo sobre la base de esa filiación. Por lo tanto, Israel habría tomado una posición importante y significativa entre las naciones. Fue el vaso elegido para el testimonio de Dios en la tierra. Pero llegó el día en que dejó de andar con Dios como Su primogénito. Su relación interior con Dios se convirtió en una mera formalidad exterior, y Dios tuvo que retirarse de Su pueblo y enviarlos en cautiverio.

Habría sido inútil si Israel se había convertido al Señor con esta queja: "¿Por qué tratar con nosotros de tal manera? ¿No somos Su representante entre las naciones?" La respuesta de Dios hubiera sido: "La posición oficial no es nada para Mí. No os puedo ayudar mientras vuestra relación conmigo no esté bien, siempre y cuando vosotros no estéis en lo que significa vuestra filiación y demandas". Debes ver que nuestra posición y vocación es con relación a la filiación. Por esa misma razón el Señor Jesús puso el énfasis en la filiación. Él nunca dijo que el Padre amaba el ministerio que Él había venido a cumplir en esta tierra. Sino que Él dijo: "*El Padre ama al Hijo*". Posición y vocación tienen que basarse en la filiación. Sin filiación ellos no valen nada delante de Dios.

¿Cuál es el propósito de la filiación? Se trata de llevarnos a un lugar de responsabilidad espiritual. Dios nunca pone responsabilidades sobre "la persona oficial", sino sobre los hijos. Por lo tanto Él tiene que entrenarnos como a niños, con el fin de desarrollar la filiación en nosotros, para llevarnos allí donde podemos tomar responsabilidades para Dios. Se trata de llevarnos a un estado de madurez espiritual, al crecimiento total. Esto no se puede hacer en alguna escuela bíblica, o poniendo a las personas "en el ministerio". Dios nunca trabaja en un lado oficial. Oh, sí, Dios nos lleva a Su escuela. También nos puede llevar a Su escuela en un instituto de formación. Y es una bendición si lo hace. Pero la escuela de Dios es algo muy diferente de la mera actividad académica. Su Palabra dice: "*Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido de él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo*" (Hebreos 12:5-6). Nota la frase "*el que recibe*". El significado exacto en el griego no es "recibe", sino "a quien Él posiciona" o coloca. Es una cuestión de posición. Dios está tratando de desarrollar en nosotros un estado en el que pueda confiar en nosotros. Cuando Dios trata con nosotros, detrás hay una garantía maravillosas de que Él va a poner su confianza en nosotros. Él nos está trayendo a una posición de confianza. Nosotros no sólo queremos ser siervos, las partes de una maquinaria, sino hijos que se han convertido en uno con el Padre, y en cuyas manos puede poner responsabilidades espirituales. Cuando verdaderamente reconocemos esto, empezamos a entender por qué Dios está tratando con nosotros como lo hace. Pero debido a que Dios está en esto, sabemos que el final es seguro. Él traerá a Sus hijos a través de todo el camino.

El hecho de Su filiación le dio al Señor Jesús la perfecta garantía del propósito definitivo y la realización de Su vida. Esto lo llevó lejos, aunque sabía que la Cruz iba inmediatamente delante, y Él iba a ser sacrificado. Él ministró aquí por tres años y medio, y entonces toda Su vida terrenal llegó a su fin. ¿Cómo hizo Él frente a esto? Él lo considera como algo que tenía que pasar, pero no hizo ninguna diferencia entre Él y Su relación con el Padre. Sus

sufrimientos eran sólo un túnel para pasar, y luego salir a la luz y seguir por toda la eternidad, porque Él era el Hijo de Dios. La muerte era un mero incidente para Él, pues por Su filiación era indestructible, eterno. Él sabía que Su obra no terminaba en la cruz, sino que estaba pasando, en el terreno de la resurrección a toda la eternidad. No sólo era la vida de este pequeño espacio de tiempo. Así, sacaba Su fuerza del hecho de la filiación.

¿Estamos diciendo que este es el final de todo? ¿No tenemos las pruebas de esta vida terrenal como algo accidental, que está pasando, y que no hace ninguna diferencia para nosotros y nuestro estado interno? Debemos ser conscientes de que si pasamos a través de la tumba (si tarda el Señor en venir), no es sino un paso a través de la expansión. Tendremos un servicio y un futuro glorioso en los siglos venideros. "Sus siervos le servirán, y verán su rostro". Este conocimiento de la filiación llevó el Señor Jesús a través de la oscuridad de la Cruz en señal de triunfo. Su última palabra fue: "Padre". Habría sido diferente si la Cruz hubiera sido el final de todo. Sus discípulos pensaban que todo había llegado a su fin. Pero después entendieron que eso significaba algo más que eso. Fue el comienzo de algo nuevo –la filiación estaba a la vista. En el caso del Señor Jesús, esa posición de la filiación le trajo una poderosa seguridad a Él como resultado de las cosas. Detrás estaba la fuerza de una vida eterna triunfante sobre la muerte.

Esa seguridad es válida también para nosotros. Si miramos a nuestro Señor Jesús en la gloria, nuestras cuestiones serán resueltas. Eso es Dios después de la consumación de la filiación. La filiación es la base sobre la que el Padre da toda Su plenitud, lo que hace que todo sea posible para nosotros. "*Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace*" (Juan 5:20). El Señor Jesús sabía que "*el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios*" (Juan 13:3).

Mire otra vez la carta a los Hebreos, donde se nos dice que toda la herencia es dada con relación a la filiación. La plenitud del Padre está incluida en la filiación. Puede ser que no tengamos mucho aquí en la tierra. Ciertamente, el Señor Jesús no tenía mucho en el campo de los bienes terrenales, pero sí podía decir: "*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*". ¡Y qué casa de plenitud es esta! Él sabía que Él era el heredero de todas las cosas. ¿Qué se incluye en esta herencia? Pablo escribe a los Colosenses que "*en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*". ¿Qué significa esto para nosotros? Sólo esto, que "*en Él somos hechos completos*".

En Colosenses capítulo 1 leemos que toda la plenitud del universo fue creado en Cristo y para Cristo, el Hijo del amor de Dios. Y en el capítulo 2, vemos el lugar que tenemos en Él. Los hijos están compartiendo la plenitud del Hijo. Ahora se nos da un anticipo de ello, ya que hemos recibido de Su plenitud

gracia sobre gracia. *"A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso"* (1 Pedro 1:8). ¿Qué es esa gloria? Es el día de Su venida. Algo de esa gloria venidera brilla en nuestros corazones ahora, porque creemos en Él. La fe trae la gloria futura en el goce presente. La fe en Cristo en el cielo trae alegría a nuestros corazones. Sacamos nuestra fuerza de la unión con Cristo en la gloria, de ser uno con Él, como Él es uno con el Padre. Dependiendo de Él, y de nuestra comunión con Él, fluye Su plenitud a nosotros.

¡Qué privilegio y alegría de saber que somos hijos de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que nos hemos convertido en compañeros de los herederos de la gloria que el Padre le ha dado a su Hijo! Hay una plenitud de fuerza en el conocimiento de la filiación. Tratemos de vivir continuamente en la conciencia de ese hecho de que somos hijos de Dios.

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios".

Capítulo 10

LA FUERZA SECRETA DEL PROPÓSITO DIVINO

LOS RECURSOS CELESTIALES

Cuando estaba aquí en la tierra, el Señor Jesús tenía Su vida continuamente en el cielo. Él nunca tomó las cosas por sentado, sino que mantuvo una vida toda de fe. Él triunfó sobre las situaciones aquí en la tierra en el poder de la fe y la oración. La oración tenía un lugar muy importante en Su vida. Continuamente sacó de los recursos celestiales la fuerza necesaria y los medios para cumplir Su obra para la gloria del Padre. Fue una actividad de fe con relación a Su Padre, y que era necesario para Él. ¡Cuánto más nosotros debemos vivir en esta base de fe y de oración en unión con Él!

Consideremos ahora el último de estos recursos secretos de Cristo –la fuerza de un propósito divino.

El Señor Jesús era consciente de que estaba ligado a un propósito eterno y universal. En Mateo 16:18 leemos que Él dijo, en vista de ello: "*Yo edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*". Vamos a entender la fuerza y la importancia de esa declaración.

El Señor Jesús sabía que estaba en el camino de la Cruz. Inmediatamente después de la gran declaración de Pedro acerca de Cristo como el Hijo del Dios viviente, el Señor Jesús comenzó a hablar a Sus discípulos de la Cruz, mostrándoles que debía ir a Jerusalén y padecer. Ahora, frente a esto está esta declaración deliberada del Señor: "*Yo edificaré mi iglesia*". Demuestra claramente que el propósito de la vida de Cristo no puede ser derrotado por la muerte. La Cruz no puede destruirla. Él dijo en efecto: "Voy a ser crucificado, pero Yo he venido para edificar mi Iglesia, y la voy a edificar. El propósito para el cual he venido no puede ser interferido; la Cruz no puede impedirlo". Aquí vemos un propósito definido que ha caracterizado Su vida, y que era más fuerte que la muerte. Sí, Él incluso agregó: "*y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*". Todas las fuerzas de la oscuridad no pueden impedir ese propósito de Su vida, porque está ligado a la eternidad, con un poder que la muerte y el infierno no pueden soportar.

UNA MISIÓN ESPECIAL

Tengamos en cuenta las señales enfáticas de ese propósito en los siguientes pasajes de la Escritura:

"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4:34).

"... El Padre que le envió ... el que oye mi palabra y cree al que me envió" (Juan 5:23-24).

"Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió... el Padre que me envió" (Juan 5:30,37).

Hay otros versos que expresan de una manera similar ese propósito definido como:

"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10).

"Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:10).

En todas estas referencias reconocemos una misión especial. Detrás de la venida del Señor Jesús a este mundo, vemos un definido y predeterminado propósito. Él no vino a organizar alguna empresa o campaña. Él no estaba iniciando un movimiento. Todo en Su vida giraba con relación a un propósito divino. Había un plan definido en el eterno consejo de Dios *"antes de la fundación del mundo"*, que el Señor Jesús vino a cumplir. Es por eso que no ha podido ser frustrado. Incluso las puertas del infierno no prevalecerán contra esto.

UN PROPÓSITO DEFINIDO

En la vida del Señor Jesús no había nada meramente incidental. Todo tenía un propósito definido. Por lo tanto, el profeta Isaías lo llamó "el siervo del Señor". Cuántas veces el Señor Jesús dijo con respecto a Su misión: "Debo". Hay algún imperativo en Sus palabras: *"Tengo que hacer las obras del que me envió"*. Habla de una ausencia total de algo indefinido.

El evangelio según San Marcos se caracteriza por concretar, mostrando al Señor Jesús como el Siervo del Señor. La palabra propia de Marcos es *«de inmediato»*. Se presenta unas cuarenta veces en el evangelio, y eso muestra cómo debe ser el siervo. Si nosotros estamos aquí por el Señor y Su servicio, no tenemos tiempo que perder. Todo nuestro corazón tiene que ser dedicado a Él, y nuestra vida marcada por el propósito en la obediencia a Él. Nuestra actitud,

con relación a Él, tiene que ser siempre "de inmediato".

Así que el Señor Jesús derivó mucha fuerza de este conocimiento del propósito con el que Su vida estaba ligada. No hay duda de que nosotros también llegaremos a la fuerza de ese sentido de propósito, a esa conciencia de la vocación divina, que es nuestra. Por eso el enemigo siempre trata de desalentarnos. El enemigo trata de plantear preguntas y dudas en nuestros corazones como para lograr la meta; nos dice que nuestro trabajo es en vano. Si tiene éxito para sustraernos de ese sentido de propósito en nuestra vida, nos hace dudar con respecto a nuestro testimonio, nuestro trabajo, o el valor del sufrimiento que tenemos que pasar, vamos a perder nuestra fuerza, y el enemigo tendrá la ventaja.

MANTERNOS EN EL PROPÓSITO DE DIOS

Jesucristo se mantuvo en el poder de Dios a través de todo el camino, porque Él estaba dominado por el sentido de Su misión, porque Él mantuvo Su firme propósito. Si nos aferramos al propósito de nuestra vida, si tenemos en cuenta nuestra vocación celestial, también nos mantendremos en esa fuerza. Pero si tratamos de cumplir alguna ambición nuestra, si nos dedicamos a realizar nuestros propios programas, si tenemos algo de movimiento personal en marcha, no habrá recursos divinos disponibles para nosotros. Con el fin de mantenernos en esa fuerza, es esencial que sepamos que estamos en el propósito de Dios. Nuestro servicio siempre debe ser el resultado de un propósito divino. Es de la mayor importancia para nosotros darnos cuenta de que tenemos un lugar en el plan de Dios. Tenemos que negarnos a nosotros mismos. En el propósito de Dios no hay lugar para intereses personales. *"Para los que aman a Dios"*, aquellos cuyo corazón está ocupado con Dios y el cumplimiento de Su propósito, *"todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados"*. Esa es una afirmación clara que muestra que los creyentes están llamados a un propósito divino. Tenemos que saber definitivamente, así como el Señor Jesús lo sabía, que estamos en el propósito de Dios.

LA VASIJA DEL ALFARERO

Pablo habla en sus cartas varias veces de los que son llamados *"conforme a su propósito"*. En Efesios 3:10-11 tenemos una de estas afirmaciones definitivas: *"Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito*

eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor". Podemos pensar en el tiempo futuro, pero claramente dice "ahora". Dios está haciendo algo ahora en Su Iglesia, lo cual es enseñado a los principados y potestades. Estamos rodeados por inteligencias invisibles que están viendo los tratos de Dios con nosotros. Ellos están mirando las experiencias que tenemos que pasar, y que están vinculadas con el propósito eterno de Dios. ¿Cuál es ese propósito? Es que debemos ser conformados a la imagen de Su Hijo. En Jeremías 18:2-3, leemos: "Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda". Principados y potestades, por así decirlo, habían llegado a la casa del alfarero, y ¿qué ven? ¿Qué es esa vasija en las manos del alfarero? Es la iglesia.

Pero el Alfarero celestial no está satisfecho con Su vasija. Él tiene que romper y formar una nueva. Ahora, la arcilla está en la rueda, y tiene que haber todo tipo de tratos y operaciones divinas, y estas inteligencias invisibles están viendo cómo el Alfarero celestial nos está formando a nosotros. Somos de esa arcilla, y, a veces sentimos la presión de las manos del Alfarero, y los cortes, mientras que Él está dando forma a Su Iglesia. Pero todos nuestros juicios y nuestros sufrimientos, todas nuestras perplejidades son sólo el camino de Dios para llevarnos a la meta. Todos Sus actos tienen un efecto sobre nosotros, y logran un cambio en nosotros. Y las inteligencias superiores lo ven y se maravillan de la sabiduría de Dios, de cómo Cristo se está formando en nosotros más y más.

MOISÉS EN EL DESIERTO

Esa es nuestra vocación. Mientras estamos en línea con el propósito de Dios, Su obra puede continuar en nosotros. Lo que importa no es primero lo relacionado con toda nuestra actividad. Dios está más preocupado con lo que se hace en nosotros que con lo que hacemos para Él. Él a menudo llega a Su fin con nosotros mucho mejor cuando estamos en un estado de inactividad que en épocas de mucho trabajo. La mano del Alfarero fue a Moisés cuando estaba en el desierto, donde no podía hacer mucho. Durante cuarenta años él no estaba más que al cuidado de unas pocas ovejas. Esto no es muy grande. No hay duda de que a veces él se preguntaba para qué estaba allí, si su vida no tenía valor alguno. Pero los principados y potestades veían algo y se maravillaban de la sabiduría de Dios. Dios sabe cómo dotar a este hombre, cómo salirse con la suya en esa vida. Eso es cierto en el caso de más de un siervo de Dios. Dios está trabajando para bien, Él está configurando Su vasija. Hay sabiduría en todas Sus relaciones con nosotros. Pero tenemos que velar para que no tengamos

planes o ambiciones personales nuestras. La arcilla tiene que estar completamente en Sus manos. Si realmente estamos aquí para Dios, podemos estar seguros de que Él llegará a Su propósito, para que Él pueda llevar a cabo Su propósito en nosotros. Y allí encontraremos la fuerza.

ABANDONEMOS LOS DESEOS PERSONALES

¿Estás seguro de que estás en el gran propósito de Dios? Todo el mundo tiene alguna parte en eso. Pablo, al hablar de la Iglesia, lo ilustra así: "*Que todo el cuerpo, bien coordinado y unido entre sí por todas las coyunturas*". Ninguna parte del cuerpo está sin función. Todos y cada uno tienen que estar en el propósito de Dios. Algunas partes pueden ser muy pequeñas, sin embargo, son igualmente importantes. Tenemos que recordar que Dios nos ha llamado para un uso que se hará realidad a medida que nos abandonamos a Él. A cualquier cosa a la que nos haya llamado, vamos a estar listos para hacerla. El Espíritu Santo, que posee la vida, está siempre señalando hacia ese propósito. Nada puede estar perdido en una vida de este tipo; no debemos creer en simples generalidades. Eso no es lo suficientemente bueno. Hay algo mucho más definido en los pensamientos de Dios para nuestras vidas. Vamos a abandonar todos los deseos personales, y ser llenos del Espíritu de urgencia –"de inmediato". Aquellos que sepan que son llamados por Dios y que reconozcan definitivamente el propósito de su vida, serán totalmente entregados a Él. Estos ya no tienen ningún interés por las cosas de esta tierra. No tienen tiempo que perder. Tienen que redimir su tiempo.

CON UN LLAMAMIENTO CELESTIAL

Ahora nuestra vida está ligada a nuestro Señor Jesucristo en la gloria. Reina el propósito eterno de Dios sobre nosotros, con dimensiones universales, tan vasto como el dominio de los principados y potestades en los lugares celestiales. La Iglesia de Jesucristo es la encargada de un enorme e insondable plan de Dios. Conocer esto significa poder. Saber esto no sólo nos mantiene en calma en los momentos de perplejidad y juicio a través del cual Dios está llevando a cabo Su plan, sino que también nos llena de paz y alegría, que –como dijo el Señor– el mundo no puede tomar distancia de nosotros.

Estamos en el gran propósito de Dios, llamados con un llamamiento celestial. No hay nada accidental sobre nuestras vidas. Nuestro tiempo está fijado por Dios. Estamos bajo las órdenes de Dios. Su propósito no se ha terminado. La venida de Cristo a esta tierra era sólo la primera fase de esto, pero desde que Cristo está en el cielo, ahora hay una mayor manifestación

exterior de Su propósito respecto a la Iglesia. Así que debemos reconocer en todo la voluntad de nuestro Padre celestial, a poner nuestra confianza en Él, y veamos la meta en el Espíritu, creyendo que lo vamos a alcanzar por medio de Su gracia.